
j. c. gómez brown
el motín

Juan Carlos Gómez Brown (n. en 1914) es un escritor, crítico literario y conferencista de muy calificada actividad en las ultimas decadas. Sus conferencias abarcan una extensa gama de motivos, en las que su versación multifacética ha quedado ampliamente acreditada. Desde sus estudios de la literatura francesa, y sus trabajos sobre diferentes autores extranjeros, hasta el dedicado y profundo análisis crítico referido a Florencio Sánchez, Daniel y Carlos Martínez Vigil, Minelli González, Sabat Ercasty y otros, su labor ha significado una contribución seria al conocimiento y divulgación de nuestros valores intelectuales. De su vasta actividad como conferencista, merecen destacarse, como aportes originales, "El libro de Zorrilla de San Martín viajero" y "Fígari cuentista".

A partir de "Las memorias de Maquiavelo" (1ª ed., 1945-

José Luis Gracia 1966

el motín

(crónica del año 1938)

j. c. gómez brown

montevideo 1966

Queda hecho el
depósito de ley

Montevideo
Impreso en el Uruguay
Printed in Uruguay

"El general resucitó al anochecer."
Pedro Malasartes

PRIMERA PARTE

UN TRIUNFO ELECTORAL

I

Era una noche de festejos, cuando el General-Arquitecto Alfredo Baldomir se impuso, por una amplia mayoría de votos, como candidato a la Presidencia de la República. Como de costumbre, Elsa y yo recorríamos la profusamente iluminada Avenida 18 de Julio, luego de una ligera cena, matizada por comentarios políticos del momento, en el apartamiento de ella en la misma avenida. Al llegar a la plaza, nos detuvimos. Grupos de muchachones rodeaban la estatua de la Libertad, cantaban, bailaban; unos, exhibían banderitas rojas; otros, carteles con retratos del vencedor en las elecciones. En aquel año, la mayor parte de los votantes se interesaron, más que en la contienda entre los partidos tradicionales, en la lucha interna del oficialismo que detentaba el poder ya hacía muchos años. Con el aporte del voto de numerosos ciudadanos opositores al golpe de Estado del 31 de marzo de 1933, Baldomir venció al candidato considerado como más oficialista, el Dr. Eduardo Blanco Acevedo.

Hacíase más y más ruidoso el alboroto de la plaza. El sonido de las bocinas de los automóviles era ensordecedor. Las bocinas imitaban el ritmo del apellido del general:

—¡Baldomir! ¡Baldomir!

Desde los balcones del Club "La Expectativa", dos políticos contemplaban elegantes, risueños, con amplia satisfacción, el espectáculo de la plaza. Eran, dadas sus conocidas preferencias en materia histórica y costumbrista, "El Abogado Renacentista" y "El Abogado Siglodieciochesco".

Llenaba la plaza aquella noche, gente de las más diversas clases sociales: ganaderos, comerciantes, banqueros, corredores de Bolsa, profesionales prósperos, instalados en sus automóviles. Empleados públicos o de los distintos ramos del comercio, así como los obreros y los jubilados, entre una mayoría de desocupados, vendedores ambulantes, lustradores de calzados y los llamados buscadores de "changas", andaban a pie.

Elsa y yo observábamos expresiones de distintos rostros de aquella muchedumbre. Denotaban festejar no sabían qué causa, los peor vestidos; algunos decían que, principalmente, el éxito del partido de sus preferencias, lo que los hacía confraternizar con más de un señorón opulento erguido en su automóvil. Jóvenes de ambos sexos, generalmente mejor vestidos que los tipos maduros que andaban a pie, vivaban repetidamente al general; trasuntaban así los afanes de halagar, a la espera del cumplimiento de las promesas de empleos públicos de parte de los caudillos electoreros. Cordones de agentes policiales, amagaban con desgano contener desbordes del público hacia las calles laterales. Grupos de estudiantes ofrecían en venta bonos con la finalidad de financiar la aparición de un semanario, que anunciaban como opositor radical del régimen surgido del golpe de Estado que originó las candidaturas presidenciales de Baldomir y de Blanco Acevedo. Elsa y yo nos dirigimos hacia el Café-Bowling La Arrimadita de la rinconada de la plaza. Advertimos que en una de las mesas, seis conocidos capitalistas de juego clandestino, orondos y bien trajeados, charlaban animadamente, con ese aire que significa "estar con la sangre dulce". Los tales, más que la reacción popular contra ciertos personajes desprestigiados que apoyaron la candidatura del médico cirujano, más que algunos miles de votos atraídos por la reconocida honestidad de Baldomir, eran considerados por los entendidos como elementos básicos del despliegue de propaganda financiada que facilitó el éxito electoral de 1938. Allegados de confianza de Baldomir, les prometieron la oficialización del juego de quiniela.

Elsa parecía como ensimismada en repetirme que la ascensión del general, posibilitaba como nunca un acuerdo del mismo con los opositores al "golpe de Estado malo", así denominado por el dirigente político al que, por sus largos años de consagración a la prensa, llamaban "El Abogado Periodista". Su diario preconizaba con insistencia una actitud de serenidad y espera ante el militar honesto que, aunque uno de los gestores del "golpe de Estado malo", ejecutado bajo el mandato presidencial del Dr. Gabriel Terra, no se complicó como otros en negociados

y mostraba generalmente buena voluntad para las soluciones de concordia nacional. Tanto que, la misma noche de su victoria en las urnas, empezaron los rumores de que no le iban a entregar el poder. Los ciudadanos de la oposición, sobre todo los dirigentes, comentaban esperanzados y risueños, en las tertulias del Club La Expectativa, de la Confitería La Figuración, del Jockey Club, del Club Uruguay, la posibilidad de un conflicto que dividiera definitivamente a los sectores y grupos que apoyaron el "golpe de Estado malo". Fracasados los intentos revolucionarios y, sin garantías electorales, los partidos de la oposición hallábanse en un callejón sin salida. Apoyando los afanes de entendimiento con Baldomir, otro dirigente opositor señalado por sus largos años de dedicación a los temas económicos como "El Abogado Financista", proclamó que los partidos de la oposición sólo podrían salir del llano a las grupas de algún influyente colaborador del "golpe de Estado malo".

Elsa me propuso entrar al Club La Expectativa. Quería escuchar opiniones de "El Abogado Renacentista" y "El Abogado Siglodieciochesco", que hacía rato comentaban, rodeados de asociados y habituales concurrentes de la institución, el espectáculo de la plaza. Mientras subíamos por las amplias escaleras de mármol, nos cruzamos con algunos estudiantes. Estos, por lo que hablaban, revelaban un ánimo apaciguado y expectante ante la reciente victoria de Baldomir.

Entramos al gran bar con sala de billares del club. Entre tanto dos jugaban al casin, eran pocos los so-

cios que ocupaban mesas en el bar. En la noche del éxito en las urnas del general, las preferencias eran para los balcones. Elegimos el balcón donde estaban "El Abogado Renacentista" y "El Abogado Siglodieciochesco", los que nos saludaron muy cordiales.

—¿Pido champán para festejar la victoria? —preguntó un correligionario de aquéllos.

—¡Oh, no! Menos entusiasmo, que todavía no ganamos nosotros —comentó "El Abogado Renacentista"—. No hay que confundir serena expectativa, con alocados apresuramientos.

—Ya tendremos tiempo, dentro de algunos años —dijo "El Abogado Siglodieciochesco"—. Pero algo, desde ya, vamos ganando. Miren, fíjense bien como el pueblo festeja estas elecciones. ¡Y pensar que esto es, principalmente, el resultado de nuestras campañas periodísticas! De nuestros artículos denunciando el desquicio, los atropellos a la libertad, los negociados. Los opositores no presentamos candidatos. Entonces, el pueblo dio sus votos a los que parecen arrepentidos del "golpe de Estado malo". Pero... ¡quién sabe, al final que resulta de todo esto! ¡Vean esos muchachos, que bailan alrededor de la estatua de la Libertad! Gritan contra el mandatario que se va, nuestro colega el doctor en leyes, que dio el golpe contra las Instituciones. ¡Cuidado, que el hombre...! Muchachos, no se rían todavía... Que, hace unos cinco años, cuando nosotros nos quisimos reír, no nos fue muy bien, que digamos...

—¡Qué interesantes aquellos tiempos del Renacimiento italiano! —exclamó, con aire y expresiones de

querer evadirse de las realidades contemporáneas, "El Abogado Renacentista".

Cuando el público de la plaza empezaba a retirarse, los socios del Club La Expectativa, los amigos y ocasionales visitantes, dejaron los ocho balcones-pórticos e instaláronse en mesas del bar. Desde la sala de lectura de la biblioteca, destacáronse a la vista del pueblo que andaba por la plaza, las elegantes siluetas de "El Abogado Renacentista" y "El Abogado Siglodieciochesco".

—¡Baldomir! ¡Baldomir! —exclamaron algunos de los que andaban por la plaza, deteniéndose para contemplar a los dos abogados.

—No hay duda, cada día que pasa conquistamos más a la opinión pública —dijo "El Abogado Siglodieciochesco".

—Ya todos hablan como si fueran baldomiristas —dije—. Pero... ¿esta alianza tan evidente de mis correligionarios y los tuyos con el general triunfador, no provocará que, desde las alturas, anulen estas elecciones?

—No creo, sería contraproducente —contestó Elsa.

—¿Por qué crees eso? ¿Acaso la gente de Uriburu no se afirmó en la Argentina, después de anular unas elecciones que les ganaron los radicales?

—El caso es distinto. En nuestro país no ganó un partido opositor, sino el ala más opositora dentro del sector colorado oficialista. Sería contraproducente un desconocimiento del resultado de las urnas. Además de un atropello, que tal vez no tolere el Ejército, sería una acción precipitada, alocada. Nadie sabe todavía el rumbo que tomará en su gobierno, Baldo-

mir. Una cosa es lo que quieren compañeros nuestros, un poco ilusos, y otra cosa es... la política que el general considere que debe seguir.

—Es cierto. Lo más probable, es que Baldomir se oriente hacia una colaboración con el Dr. Manini y los riveristas.

—Tienes razón. Su prensa satirizó bastante, por cierto, no sólo a los blancos; también a los partidarios del Dr. Blanco Acevedo.

—Y también a nuestra gente, por cierto. Pero, una lucha entre los colorados oficialistas por el poder, puede provocar otro golpe de Estado.

—Es posible. Algo es evidente, Baldomir no es terrista.

—Por eso, es lógico que circulen rumores sobre una intentona subversiva.

—Por ahora no ocurrirá nada de eso, yo creo.

—Pero, es que, un golpecito de fuerza... ¡sería algo tan "south-americano"!

Volvimos a pasar frente a la puerta del café La Arrimadita.

—De todos esos que festejan, los que están más contentos son los reyes del juego que ves ahí, en este café del bowling —dijo Elsa—. Después de algunas contrariedades aliviadas por las influencias políticas, las persecuciones y las visitas a las comisarías, la quiniela será oficializada. Esa promesa sí, se cumplirá.

A medida que nos íbamos alejando de la plaza, la avenida estaba más despejada. Frente al diario del político al que, por sus afanes de pactar con Baldomir, llamaban "El Político Contemplativo de la Res-

tauración", en la puerta del café-bar Capital nos encontramos con otra aglomeración de gente dada a las celebraciones ruidosas. Apareció en uno de los balcones del diario su director, "El Político Contemplativo de la Restauración", miró hacia la esquina del café con gesto entre ceñudo y satisfecho, se llevó las manos a los bolsillos del saco, se acarició la mandíbula, se encogió de hombros. Algunos partidarios, desde la puerta del café Capital lo saludaron.

—¡Baldomir! ¡Baldomir! —gritaron.

—"El Político Contemplativo de la Restauración" piensa como "El Abogado Financista", afirma que conviene pactar lo antes posible con Baldomir —dije.

—Pero ese que pasa ahí, manejando su automóvil, —dijo Elsa y señaló hacia un coche azul que doblaba por la avenida 18 de Julio— ese que va ahí es uno de los pocos opositores al "golpe de Estado malo", que hoy no festejan la victoria del general. ¿Lo viste? Es "El Abogado Antiimperialista".

—Dirigirá el semanario, para el que están vendiendo bonos en la plaza.

—Hace unos días, unos cuantos estudiantes estuvimos con "El Abogado Antiimperialista", en la explanada de la Universidad. No quiere saber nada con la expectativa que espera la salvación del país por el gobierno del general. Seguirá en su radical oposición. Nos habló de una tragedia; recordó el crimen de la carretera, cuando el actual ganador de las elecciones era Jefe de Policía.

—Eso sí, que fue grave. Inolvidable, por lo grave. El automóvil de los políticos opositores fue baleado.

Y un joven gran luchador perdió la vida, el revolucionario Julio César Grauert.

—Quieren que nos olvidemos de eso, los que ahora buscan impacientes un acuerdo con el general.

—Es que... en fin... si a la oposición no le queda otro camino... Ya ves, hasta los izquierdistas aceptan la expectativa ante el gobierno del general.

—Pero, no "El Abogado Antiimperialista". Tampoco, "El Abogado Opositor Parlamentario".

—Te voy a explicar algo. Yo estaba indeciso, no sabía qué hacer en estos últimos días. Y llegué a una conclusión. La expectativa de la oposición llevará a Baldomir a dar el "golpe de Estado bueno". Y después vendrá el acuerdo, el ineludible pacto democrático que nos llevará al gobierno. Que llevará a tu partido y al mío, al Batllismo y al Nacionalismo Independiente, a formar parte del gobierno.

—Muchas veces en política... ¡resulta tan difícil pronosticar sucesos! Y ahora, hablando de otra cosa... ¿te gusta mi peinado?

—Sí, mucho, y no me sorprendió, aunque es nuevo. Es que, como siempre, tu cabellera negra...

Alternando mis inquietudes de índole social con amistades y amores de estudiante, entre mis compañeras yo valoraba a Elsa. Ya amiga mía cuando ingresó a la Universidad, poco después nos inscribíamos en un club deportivo y náutico para practicar el volley-ball y la natación. Elsa agregaba al encanto de su físico, el de su amena conversación de lectora asidua que prefería las biografías. Atraíanla alternativamente las vidas de George Sand, María Estuardo, Napoleón, los Dumas. Hablaba mucho de li-

teratura con Nelly, una aventajada estudiante de Medicina que se divorció siendo muy joven. Iba también a las clases de gimnasia sueca y practicaba el volley-ball con la misma Nelly, llegando a ser las dos amigas las mejores de su equipo en los torneos internos de su club.

Interesada Elsa por viajar, por conocer países atrayentes y lejanos, la situación económica de sus padres no le permitió más que realizar dos viajes a Buenos Aires. Contábame con deleite que en la capital argentina, ella y Nelly se alojaban en un apartamiento situado en Esmeralda y Corrientes, adonde vivía con gran lujo y confort una tía de la segunda, una rica y mundana viuda porteña. Ante los deseos de Elsa de viajar a los Estados Unidos, Europa y el lejano Oriente, con amable ironía Nelly le recomendaba leer mucho de Geografía y libros de viajes, para así calmar un poco su no satisfecha ansiedad de viajar.

—Con eso, se conformó nada menos que Julio Verne —les recordé una tarde, en el descanso de una práctica de wolley-ball en la playa Pocitos— Verne, sentado frente a un mapa-mundi y ante unos cuantos libros de geografía, soñó y describió sus mejores viajes.

—¿No te parece mejor complacerme diciéndome que cuando nos casemos ganaremos dinero y viajaremos, gran bobo? —me contestó Elsa entre graciosa y burlona.

—¿Cómo hablas tanto de viajar? —le preguntó Nelly—. ¿En qué quedó aquel gran interés tuyo por

mejorar aquí las cosas? ¿Aquella inquietud ante los grandes problemas sociales?

—En la vida hay tiempo para todo, para todo —contestaba Elsa.

Antes de continuar la práctica de wolley-ball, Nelly se dirigió a nuestra carpa. Allí nos mostró una edición en español de los sonetos de Shakespeare. Nos dijo que su gran interés por complementar con el teatro de caracteres de Shakespeare, sus curiosidades sobre personajes históricos, un Marco Antonio, un Julio César, un Enrique III, la instó a conocer más facetas y particularidades del escritor. La lectura de los sonetos la indujo a buscar el contenido real, humano, que los inspiró. ¿La amistad entre el poeta y Lord Southpsampton? Casado desde muy joven con Ana Hathaway, no obstante... ¿llegó a sentir con sensibilidad de mujer la protección de su amigo, aquel coloso del teatro? Admitiendo como factible esa desviación del genio, del "dulce cisne de Avón" al decir de Ben Jhonson, y censurando moralmente el hecho, Nelly llegaba a la conclusión de que, por adentrarse demasiado con sus criaturas femeninas dramáticas, el creador literario desvió su propio instinto al llegar a una extrema identificación con ellas.

A menudo comparaba Nelly los cuentos, "nouvelles", relatos de mis preferencias, con las grandes biografías que leía y con el Shakespeare de las recias creaciones dramáticas y de caracteres. Para Nelly mis predilectos escritores de ficción sacrificaron en aras de un arte de la síntesis, panoramas de vidas amplias, coloridas, potentes. Sobre todo, argumentaba

contra mi admiración por la "Herodías" de Flaubert, la que, desde el punto de vista de un arte estructural para narrar, siempre juzgué como la obra maestra del gran estilista de Rouen, superior a "Madame Bovary" y "Salambó". No negaba Nelly valores a las obras de ese género, como tampoco a las novelas cortas de Stefan Zweig, que con frecuencia comentábamos. Eso sí, tanto Elsa como Nelly opinaban que una gran propaganda exageraba las cualidades del narrador austríaco, también autor de interesantes biografías. Recordábamos que algo parecido ocurrió, y en eso los tres compartíamos puntos de vista y observaciones, con Anatole France. Exceso de propaganda, por una parte; exceso de intelectualismo, de medido espíritu académico, en el estilo del novelista francés, el que, pese a su impecable corrección, no justificaba tanta propaganda. De sus lecturas de France, a Elsa le agradaba algo sutil, aquello de los "refinamientos de la Venus sabia y erudita", de la novela "La rebelión de los ángeles".

En su apogeo la moda de leer a Stefan Zweig, hasta el punto de que en nuestra ciudad el Centro de Estudiantes Ariel editó un pequeño volumen con el relato "Amok", Elsa hablaba con entusiasmo de una novela extensa, "Babbitt", del escritor estadounidense Sinclair Lewis—. Después de conocer esa novela, no se puede preferir otra —me dijo una tarde, mientras tomábamos café en un concurrido bar cercano a la Universidad—. El personaje de Lewis está influído en algo por el "Quijote" de Cervantes, sin duda. ¿No es Babbit algo así como un Sancho amplificado y viviendo en una ciudad de los Estados Unidos?

Fue en ese mismo bar, que invitamos se acercara a nuestra mesa a Carlos Reyles, que terminaba de dictar una conferencia en el "Paraninfo".

—Me habla usted de Lewis, señorita, como de un modelo de amplitud en la novela —le dijo a Elsa el autor de "El embrujo de Sevilla", entre tanto frucía el ceño con aire sentencioso y revolvía despacio su café. Vengo de hablar de un novelista que es el más amplio de todos, Marcel Proust. Es una lástima que hoy no me hayan escuchado en el "Paraninfo". Los veinte tomos de "A la recherche du temps perdu" tienen gran estilo, pintan muy bien una época y, sobre todo, sus estudios de personajes van más allá de lo sicológico, llegan al psicoanálisis. Las obras de los novelistas del pasado, comparadas con el frondoso bosque proustiano, resultan jardines despoblados.

Ofreció Elsa un cigarrillo a Reyles, que no lo aceptó, encendió el de ella y dijo:

—Bien, leeremos a Proust, ya que usted lo recomienda, don Carlos. Pero, desde ya le digo lo que le diría mi amiga, la profesora Nelly. Comparar a un escritor moderno con un Shakespeare, un Cervantes, un Molière... Es difícil que... En fin... Veremos...

—Nadie discute, yo no niego a los genios creadores que acaba de citar. Pero, estimada señorita, lo que yo digo es que nadie analizó tanto hasta hoy la condición humana, hasta lo más mórbido y recóndito, como Proust. En cuanto a los jóvenes aficionados a escribir, —agregó mirándome— conque lean y estudien a Proust, con eso basta.

—Bien, yo voy a leer a Proust, don Carlos, con el mismo interés con que en la vida se prueba lo que es nuevo y atrayente —dijo Elsa.

—Me encanta hablar con la gente moderna y comprensiva —dijo Reyles—. Pero, ahora, me disculparán. Debo retirarme. Me esperan en el S.O.D.R.E.

Al despedirse el novelista, cuando estrechaba la mano de Elsa se fijó en el busto de ella, muy ajustado por la sedosa blusa rosada. Apenas Reyles se alejó, Elsa tiró su cigarrillo y mordióse, leve y nerviosamente, los labios. Vamos al apartamento de Nelly —me dijo.

Nelly, que desde su divorcio de su torpe y sistemáticamente infiel marido vivía sola, facilitábanos su apartamiento. Hasta su ocasional rendimiento amoroso en la carpa de Pocitos, Elsa nunca pasaba de coquetear con mis deseos, no íbamos más allá del abrazo y el beso. Los rumores de la Universidad la describían como muy libre en sus costumbres; al conocerla más, me percaté de que hubieron habladurías y exageraciones. Me pareció comprobar que, sin una certeza de mutuo amor, Elsa no se rendía a ningún hombre.

II

No habían transcurrido veinticuatro horas del triunfo en las elecciones del general. Por la mañana, en el café Gran Sportman, en varias mesas hablábase de ver sin pérdida de tiempo a allegados de confianza del candidato presidencial electo, para recordarle las promesas de oficializar el juego de quiniela. Dicho café-bar, situado en una esquina de la gran avenida céntrica, frente a donde estaba construyéndose el nuevo edificio del Municipio, era más bien un recreo, en el que las mesas, en su mayor parte, eran ocupadas por adeptos a los juegos de azar, los dados, el monte, así como a los juegos clandestinos de carreras y quiniela. El juego de las carreras de caballos estaba, desde tiempos inmemoriales, autorizado; no obstante, nunca se eliminó el clandestinismo. Eso sí, en las altas esferas oficiales opinábase que la legalización de la quiniela iba, sino a desterrar, por lo menos a disminuir las apuestas clandestinas.

Los mismos capitalistas de juego que en la noche de los festejos ocupaban una mesa del café-bowling

La Arrimadita, bebían café, té, caña o refrescos, en una gran mesa redonda del Gran Sportman, situada casi en el centro del local, como coronando un punto de máxima atracción entre la gran concurrencia bulliciosa. Los parroquianos de las mesas circundantes a la ocupada por los reyes del juego, eran amigos o cómplices o clientes de aquéllos. Sin oyentes molestos, los capitalistas del juego clandestino podían comentar sus asuntos con tranquilidad.

Elsa y yo nos instalamos en una mesa junto a una de las ventanas que daban a la avenida. Observamos el interior del local. Otra parte, llenábanlo otra índole de maleantes, los rufianes. De a dos, de a tres, de a seis, hasta algunos más en sus respectivas mesas, los rufianes tenían como su sector y planes propios. Habían, desde algún proxeneta internacional lujosamente trajeado, hasta los criollos modestos que se iniciaban en el delito explotando, a duras penas, a cualquier infeliz mujer trotacalles. Habían, desde el gigoló pulcramente vestido, peinado a la gomina y muy bien afeitado, hasta el compadre de aire prepotente, poco cuidadoso de su indumentaria, pañuelo al pescuezo y cuchillo al cinto, que consideraba que no era necesaria una buena pinta, que bastaban la cachetada o la amenza para dominar a una mujer.

En las mesas ubicadas más hacia el fondo del local, jugábase al monte criollo, a los dados, al poker, desde las horas de la mañana. No faltaban algunos concurrentes que se entretenían con los juegos lícitos, como el dominó, el ajedrez. Por aquellos lugares, una parte del piso del local que quedaba libre entre las

mesas, era aprovechado para un juego prohibido que tenía su auge en vísperas, el mismo día o poco después de las elecciones: La mosqueta. Aunque los banqueros de juego y la mayoría de los apostadores eran, casi siempre, elementos del hampa, no faltaban los empleados y los jubilados. También notábase la presencia de conocidos invertidos sexuales en alguna que otra arrinconada mesa: los tales, eran buscados con frecuencia por las miradas de tal o cual perdedor en el juego, porque aquellos extraviados tenían fama de pagar bien.

Los parroquianos que bebían y charlaban junto al gran mostrador se interesaban, generalmente, en el tema de las carreras de caballos; de los hipódromos nacionales y también de los argentinos. A veces, como para matizar los comentarios con alguna variedad, daban media vuelta mirando hacia la calle y ponderaban los atractivos de tal o cual mujer que pasaba. Cerca del mismo mostrador, aquella mañana en varias mesas se recibían apuestas de quiniela. Resultaba incesante el desfile de los apostadores. Hasta las mujeres, que casi nunca por otros motivos entraban al Gran Sportman, llegábanse de a una o en grupos hasta los agentes o corredores de quiniela.

En casas de familia, en comercios, en las oficinas públicas, en el Municipio y también en los liceos y las escuelas, la quiniela clandestina estaba a la orden del día. Se contaban anécdotas; aquel niño que prefería ir todos los días al colegio a pie, para economizar las monedas del ómnibus o del tranvía, reuniendo así una pequeña suma que apostaba a la quiniela en el salón de lustrar calzado de su barrio;

aquella muchacha que siempre le jugaba unos reales al 37, porque ése era el número del tranvía en que iba a la escuela; aquel dueño de una pequeña librería, que se olvidaba de pedir al comerciante mayorista cuadernos y plumas, después que había vendido su stock de tales artículos, porque su principal negocio era la quiniela clandestina.

Por eso, mismo entre la gente considerada seria y responsable, llegóse a la conclusión de que resultaba contraproducente la prohibición del juego de quiniela, que las restricciones fomentábanlo en vez de disminuirlo. Y así, el clandestinismo podía conducir a delitos peores. Recordábase el período de la "ley seca" en los Estados Unidos.

Dado su auge, la quiniela llegó a interesar hasta a unos inmigrantes cuya afluencia al país aumentaba más y más, los hebreos.

—Fíjate, oye con discresión al de esa mesa del costado —me dijo Elsa, rozando levemente su pie con el mío por debajo de la mesa—. Ese tipo habla mal, a penas si chapurrea nuestro idioma. En cambio, le oí decir claramente: Una redoblona al 20 con el 40, un peso todo a los veinte.

—No habla bien en español, pero juega con prudencia. Los criollos apuestan mucho más fuerte.

—Es cierto. Esos extranjeros juegan poco, en general. Y la redoblona es el sistema de apostar poco, para ganar bien.

—La oficialización no arreglará nada, si lo que quiere el gobierno es que la gente juegue menos a la quiniela.

—Por lo menos, se evitará tanto clandestinismo.

—Siempre habrá clandestinos.

—Pero, con la quiniela oficializada, no habrá tantos.

—Pierde cuidado, que los clandestinos sabrán dar sus ventajitas.

—Mismo así, la oficialización de la quiniela es preferible.

—¿Te acuerdas de lo que anoche vimos, por la calle Guayabo? La prostitución está legalizada y, sin embargo...

—El juego es otra cosa.

—¿Nadie se fija en que la quiniela es un juego con trampa, de por sí? El apostador puede acertar entre veinte terminaciones de dos cifras, en cien números. ¿Qué me dices?

—La gente lo mismo juega con entusiasmo, lo estamos viendo.

—¿Te diste cuenta, Elsa, de que algunos bocinazos de los coches que pasan por la avenida, todavía tienen el ritmo de anoche, el del apellido del general?

—Alguna conveniencia, tendrán esos de los automóviles, cuando festejan tanto.

—Algunos de esos... por andar en automóvil tocando las bocinas, no habrán dormido en toda la noche.

III

Como en otras oportunidades, aquella misma mañana poco antes del mediodía, Elsa y yo andábamos por la asoleada y concurrida gran avenida céntrica; todavía sonaban bocinas de automóviles con el ritmo del apellido del general recientemente electo para la Presidencia de la República. Nos detuvimos en el Bar Dewar de la gran plaza, donde ocupamos una mesa de la terraza, una de las pocas que las meretrices "habitués" del lugar habían dejado disponibles.

Como en el lujoso Café Palace de otra rinconada de la plaza, las meretrices del modesto "Dewar" predominaban como dueñas y señoras de las mesas. Aunque habían diferencias. Las meretrices del "Palace" vestían con más lujo, algunas ostentaban finas alhajas; llegaban para instalarse en las mesas, en horas del atardecer. Las del "Dewar", vestían como sencillas mujeres del pueblo, instalábanse en las mesas, desde poco antes del mediodía hasta altas horas de la madrugada.

—Mira esa morocha, un poco gorda, que tendrá unos cuarenta años —le dije a Elsa.

—La vi, desde que llegamos nos mira —contestó Elsa mientras apretaba el sifón de soda sobre los aperitivos.

—Te mira a ti, tiene clavados sus grandes y lindos ojos en ti.

—Ya ves, si estaré linda que hasta las mujeres me miran. No tendrás celos por eso, supongo. Ya ves, hasta entre esas mujeres, como esa de ojos lindos que me está mirando; hasta entre mujeres como esas, que disponen de tantos hombres, pueden haber equívocas sexuales. Unas, lo serán por hastío, aunque esas son cosas que yo no me puedo explicar. Otras habrán adquirido ese vicio en la cárcel o en algún albergue.

—Algunas de ellas, dan espectáculos del vicio lésbico a tipos farristas. Empiezan por ganar dinero, después se acostumbran. Pero, dicen que eso ocurre con más frecuencia entre las del "Palace", adonde van hombres con más dinero.

—Y adonde, como en algunos negocitos de La Pasiva, circula la cocaína.

En La Pasiva, tras las rústicas columnas coloniales, en los pequeños bares y en las tienduchas, se veían con frecuencia los toxicómanos y sus explotadores. Desaparecido el "Bajo", aquel barrio de prostíbulos legalizados y sombríos cafetines que eran el refugio de los más sórdidos vicios, la mayor parte de las meretrices se dedicaron al clandestinismo por algunas calles del centro de la ciudad, los callejones portuarios y los parques públicos. Asimismo, desplegaron

sus actividades hacia otros ambientes los vendedores de alcaloides, agregándose a los que desde años atrás actuaban en los cabarets y en algunos bares de la zona portuaria.

Existían otras diferencias. Eran en el "Dewar" más ostensibles los rufianes. Instalados en mesas del penumbroso fondo del bar, desde allí vigilaban los movimientos de sus mujeres. Les controlaban el tiempo que destinaban a los clientes y, cuando alguna infeliz demorábase más de la cuenta, más tarde, en la sórdida pieza, el canfinflero le propinaba una soberana paliza. A los explotadores de las meretrices del "Palace", nadie los veía.

Aquella misma mañana, pudimos comprobar hasta donde la politiquería protege ciertas corrupciones. Llegaron hasta una mesa ocupada por tres rufianes, dos caudillos de un comité del candidato presidencial derrotado. Aunque no discutíase la inteligencia, ilustración y honradez del Dr. Eduardo Blanco Acevedo, era evidente que, o ignoraba algunas bases de su electorado o cerraba los ojos para no verlas, por considerar que poco o nada conseguiría con luchar contra un mal tan arraigado y que, por otra parte, podía ayudarlo en su ascensión política. Una vez dueño del poder, ya sabría imponer su sentido del orden y saneamiento administrativo.

—Algunas cosas las sabemos, hasta son "vox populi" —dijo Elsa—. Pero, los caudillos políticos y esos delincuentes se ven acá, en un sitio público, a la luz del día. Es sorprendente.

—Se dice, algo que aclara ese punto. Así como el juego libre cuenta con gran apoyo entre los allegados

al candidato que ganó, el general, los allegados al que perdió, el ilustrado galeno, contaron con el apoyo de los rufianes y sus explotadas. Eso sí, ni unos ni otros se quedaron atrás en la organización de las partidas de mosqueta, por cierto.

—Pierde cuidado, que los que perdieron estas elecciones ya encontrarán el modo de entenderse con los que les ganaron, para poder seguir haciendo de las suyas.

—Pero, el éxito de Baldomir en las urnas es un bien para nosotros los opositores, en lo fundamental. Y no sólo los opositores al 31 de marzo, también muchos ciudadanos apolíticos votaron por el militar que tiene fama de honrado. Claro que, también lo habrán votado algunos pillos y algunos interesados; en la urna, los votos se entreveran, se suman; después, nadie sabe de quienes son.

—Mira, no podían faltar.

Dicho esto, Elsa apuró su aperitivo y señaló hacia un grupo de marineros rubios.

Dividíanse preferencias entre los concurrentes extranjeros. Los turistas, preferían el lujoso y discreto ambiente del "Palace". Los marinos, sobre todo los estadounidenses, frecuentaban las mesas del modesto "Dewar".

—Esos son del buque de guerra que hoy llegó —dije y observé que uno de los "marines" se instalaba en una mesa, junto a la mujer morocha que miraba a Elsa con insistencia.

—"Se va, se va la lancha", —"se va, se va mi amor..."— canturreó Elsa bromeando.

—Los de la alta oficialidad del buque no están —dije.

—Esos, consiguen amigas de más categoría en las fiestas de los clubes, en los grandes bailes de casas de lujo. O se entienden directamente con alguna celestina de las altas esferas, de esas que presentan verdaderos "bocattos".

—Siempre fuiste observadora. Y audaz.

—Me puedes felicitar. Me supe mover entre el barro sin ensuciarme.

—Mira. Ahora los cafishos acompañan a los caudillos hasta el automóvil.

—Ya vi. Ahora los cafishos se despiden, no suben al coche de chapa oficial.

—Me explico. Los caudillos políticos tuvieron que venir a verlos en el café, en público y de día, porque los cafishos no pierden de vista a sus mujeres. Después de todo, son tipos constantes; no las abandonan.

—Pero, algunas de esas mujeres tienen suerte y se libran de los cafishos. Y por lo que me contaron, a menudo se libran gracias a los marinos. Algunas se casaron con su "marine" y viven en ciudades de los Estados Unidos. Me contó un amigo diplomático que, en Nueva York, se encontró con algunas de ellas; andaban paseando como muy buenas señoras, con sus respectivos maridos, del brazo. No te extrañe eso. Ellas conocieron mucho la vida; no nos asombremos si, finalmente, se portan bien.

—Los "marines" no tienen prejuicios. Y si en el matrimonio no les fuera bien... ¿qué importa? ¡Allá, el divorcio es tan fácil!

IV

La honradez del general vencedor en las urnas motivó que lo votaran muchos ciudadanos opositores al "golpe de Estado malo", ejecutado principalmente por un abogado, el primer mandatario saliente. Por eso, la tenaz campaña opositora de prensa contra aquel régimen gubernamental empezó a cambiar de tono, a absolver de toda culpa en el golpe dictatorial de marzo al general. Y los editoriales del diario de "El Abogado Periodista", con las ya características demostraciones de talento en las argumentaciones, culminaron la actitud de expectativa pregonando la ejecución de un "golpe de Estado bueno".

Pero en los festejos callejeros de aquella noche también participaron conocidos amigos del primer mandatario saliente. El Dr. Terra, en un principio, apoyó la división de su partido en dos sectores antagónicos, el de Blanco Acevedo contra el de Baldomir. El primer mandatario Dr. Terra consideró que, ante dicha división iba el pueblo a encontrar una corriente de oposición dentro del mismo partido oficialista, satisfactoria para afanes de renovación en las orientaciones guber-

nativas. Una lucha planteada dentro del mismo Terrismo; así, los verdaderos y enconados opositores al 31 de marzo habrían de quedar fuera de foco, al margen de la gran lucha política fundamental y decisiva para la conducción de los destinos nacionales. Esperaba Terra que así, poco a poco, los radicales opositores de su política habían de ser arrastrados y finalmente ahogados por las corrientes acaparadoras de la atención popular, Blanco Acevedo contra Baldomir. Pero, ya días antes de las elecciones de 1938, el Dr. Terra empezaba a arrepentirse; su táctica de dividir dentro de filas, hacíale recordar el dicho de que "...la máquina era un primor, pero mató a su inventor".

No obstante, el diario oficialista "El Pueblo" elogió la victoria de Baldomir. Argumentaban que ese hecho político significaba el afianzamiento del régimen gubernamental del 31 de marzo, el definitivo alejamiento de las esperanzas de los resentidos opositores, del Batllismo y el Nacionalismo Independiente, de volver al gobierno. Por otra parte, la difundida e influyente prensa que orientaba el Dr. Pedro Manini Ríos, preconizaba una política de Baldomir independiente de la presión y las aspiraciones de los opositores al 31 de marzo. Pero, en la noche de la confirmación de la victoria del general en las urnas, cuando Elsa y yo pasamos por La Pasiva frente al diario oficialista, en una manifestación de simpatizantes del candidato electo, los rostros de los balcones no indicaban, por cierto, ni regocijo ni aprobación ante las demostraciones de júbilo de los manifestantes.

Aquella mañana que Elsa y yo estábamos en la terraza del "Dewar", eran insistentes los rumores de

que en las altas esferas preparaban "una sorpresa" para anular las elecciones.

—Esta es una victoria de la oposición —murmuró alguien, contrariado, en una mesa cercana a la nuestra.

—No lo será, si nos "acomodamos" con el general —le contestó su acompañante, otro inspector uniformado que rio con aire triunfal e inició un brindis de cerveza con las dos meretrices que hallábanse con ellos.

Recordamos con Elsa que, en aquella manifestación céntrica, formada por partidarios de Baldomir y opositores al "golpe de Estado malo", que pasó desafiante frente al diario oficialista, vimos claramente los rostros de algunos que habían proclamado, unos días antes, votar por el Dr. Blanco Acevedo.

El chofer del taxímetro que nos condujo hasta cerca del apartamiento de Nelly, un hombre grueso y pardo que pocos días antes de las elecciones hacía propaganda por la candidatura del Dr. Blanco Acevedo, de vez en cuando nos hablaba para elogiar a Baldomir.

—Este es el hombre que necesitamos, un presidente honrado. Es enérgico; dicen que el general va perseguir a todos los bandidos, que ninguno se escapará

—Pero, los opositores al "golpe de Estado malo"... ¿volveremos al gobierno? —preguntó Elsa.

—Eso... ¿quién sabe...? Si el general lo cree conveniente... El sabe lo que hace. Lo principal es que, sea quien sea el que lo acompañe, Baldomir mande, tenga autoridad. Y si las Cámaras molestan, entonces... ¡que las disuelvan, una vez más!

Poco antes de que saliéramos del coche, el chofer hizo sonar varias veces la bocina con el ritmo del apellido Baldomir.

—¿No sabía? —nos preguntó en momentos que yo pagaba el viaje—. El general va mucho al cine. Yo, en este coche, lo llevé.

—Pues, entonces, esté seguro de que su coche pasará a la historia —le dijo Elsa risueña.

Lo de la afición al cine del general lo comprobamos una noche, al final de aquella jornada en que Elsa y yo fuimos al "Gran Sportman" y al "Dewar". Cuando Baldomir bajó de su automóvil, un acomodador del cine dijo que, en vísperas de las elecciones, el general asistió a la función nocturna de otro cine de la avenida 18 de Julio.

—Y hace dos noches estuvo en el "Metro" —dijo el boletero que nos vendió las entradas.

—En una de esas, el general sólo no vio cine en el día de las elecciones —dijo Elsa.

Cuando el general entró al hall, los presentes aplaudieron.

—¡Viva Baldomir! ¡Queremos una nueva constitución y leyes democráticas!

—¡Vivan los hombres honrados! ¡Baldomir! ¡Baldomir!

—¡Vivan, vivan todos los hombres libres!

—Vivan a los hombres libres, eso está bien, pero ninguno de esos señores políticos puso en libertad a papá, como la otra noche te prometieron; el pobre papá sigue en la cárcel —dijo a su vistosa madre rubia un niño grueso y moreno, de unos doce años, mientras se acercaban a la boletería del cine.

—Y eso, mi hijito, aunque esta vez no pudieron probarle al viejo, que el que robó una billetera en el ómnibus, fue él.

V

—Preparan el ambiente para un "golpe de Estado bueno".

—Sí, eso es lo que insinúa, con su brillante estilo de siempre, "El Abogado Periodista".

Elsa y yo en tales comentarios, pasó por la avenida de la rambla, muy cerca de nosotros, un lujoso automóvil. Eran dos muchachas y tres hombres maduros, sus ocupantes. Los reconocimos, nos los presentaron en la fiesta de una embajada. Eran funciocionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, a la espera de algún cargo diplomático en el exterior, en algún país importante. Como de costumbre en tren de jolgorio, nos saludaron más risueños que nunca, como festejando algo.

—¿Ves? Las muchachas y sus amigos están encantados —me dijo Elsa—. Tienen más posibilidades de ser contemplados ahora, que la gente del "golpe de Estado malo" fue vencida. Estaban cansados de tanta oposición.

—Eso, siempre que el general se entienda para gobernar con los opositores, como les dicen.

Apenas subimos a un ómnibus, nos saludó, desde uno de los asientos del costado, un hombre bajo, delgado, que lucía un liviano traje de "sport" color gris claro. Era Carlos Reyles.

—¡Qué suerte! Estamos en lugar de privilegio —dijo Elsa y sentóse a un lado del escritor.

—Es raro que usted no viaje en automóvil, don Carlos —dije y me instalé del otro lado de Elsa.

—Como saben, perdí mi fortuna; a esta altura de la vida ya no tengo dinero. Los viajes a Europa, los malos negocios... Viajo en automóvil cuando me lo facilita el gobierno, por mi cargo de Director del Sodre.

—¿Qué opina de las elecciones? —le preguntó Elsa.

—Y... que fueron un acto electoral más, uno de los tantos... Yo, como es sabido, apoyé a Eduardo Blanco Acevedo. Lo apoyé porque me lo pidieron varios amigos y porque ese médico es un hombre de talento. Pero, a mí poco me interesa la política. Solamente creo, ahora igual que en los tiempos de mi lejana juventud, en el individualismo, en la lucha por la vida, en los derechos y el triunfo del más fuerte. Hoy profeso las mismas ideas que expuse hace años en mi "Muerte del Cisne", en mis "Diálogos Olímpicos"; que acabo de reafirmar en algunos ensayos de mis "Incitaciones". ¿Acaso hay algo más verdadero, más realista, que el pensamiento de Leonardo da Vinci, que D'Annunzio grabó al frente de sus "Vírgenes de las Rocas"? Aquella sentencia tan sagaz como dura: "El receptáculo de las virtudes, se llenará de ensueños y vanas esperanzas". O aquel aforismo de Nietzsche: "El hombre, instinto de dominación..."

—Un momento, don Carlos, que yo no estoy de acuerdo con lo que sigue —le interrumpió Elsa sonriendo burlona y con aire de suficiencia—. Se trata de aquello: "...la mujer, de sumisión..."

Reyles miró a Elsa con fijeza y frunció el ceño. Es que el maestro alemán afirma que ésa "...es la ley de los sexos..." Ley dura para ustedes, las mujeres, lo comprendo, pero es una ley. Y una ley natural.

—Parece mentira que usted crea, a esta altura de los tiempos, en fatalismos, ilustre don Carlos —le contestó Elsa—. El espíritu moderno los irá desterrando, puede estar seguro.

—Todavía usted es muy joven, estimada Elsa. Y... supongamos que, como usted dice, la cultura destierre esos fatalismos. Pero... ¿a costa de cuántos valores naturales...?

—Tuvimos otra vez el placer de hablar con un intelectual, el famoso autor de "El Embrujo de Sevilla" —le dijo Elsa cuando nos aprestábamos a bajar del ómnibus—. Hasta prontito, don Carlos. Nadie, sea quien sea, me apartará de mis convicciones.

Recordábamos que ya a pocas horas de la victoria electoral de Baldomir, muchos empleados, obreros, estudiantes y la gran masa de pueblo que formaba el "lumperproletariat", atemperaban los ánimos de lucha a la espera de la actuación gubernamental del triunfador en las urnas. Eso sí, con sentido y dirección distintos a los proclamados por la oposición

tenaz y sistemática de "El Abogado Antiimperialista", crecía, aumentaba de continuo otra corriente política adversa a Baldomir. Era la del Dr. Luis Alberto de Herrera, el caudillo nacionalista, pese a que su órgano periodístico había proclamado la victoria de Baldomir como un bien para el país.

Del brazo de Elsa, mis pensamientos se apartaban de vez en cuando de la cálida proximidad femenina. Recordaba sucesos de la jornada del 31 de marzo. Un colega profesional del abogado ejecutor del golpe de Estado, esperaba revólver en mano en la puerta de su casa, junto a su hermano Alfeo, luchador como él, y otros compañeros en ideales, los resultados de una anunciada resistencia. A media cuadra de aquéllos, unos cincuenta estudiantes aguardábamos el enfrentamiento con las fuerzas policiales. Se rumoreaba que una parte del Ejército acudiría en defensa de la legalidad, que parte del pueblo iba a apoyarnos. Lo cierto era que pasaban las horas, sin que se produjese una reacción. Entre los que la esperábamos, unos decían que grupos de soldados habían cercado los domicilios de los dirigentes de la oposición al Dr. Gabriel Terra, otros opinaban que los dirigentes opositores y muchos de sus seguidores, debilitados por un comodón y generalizado espíritu hedonista, espíritu reacio a riesgos y sacrificios de cualquier índole, en aquellos decisivos momentos no querían luchar. ¿Qué más ventajoso que no comprometerse y así no arriesgar las ventajas particulares, el bienestar personal? No tardaron en reinar el desconcierto y la desesperanza, hasta entre los que en un principio mostrábanse más decididos a pelear. Los

que estábamos cerca del Dr. Baltasar Brum, asimismo numerosos indiferentes que pasaron frente a su casa, desde uno de cuyos balcones una esbelta figura femenina agitábase exhortando a la resistencia, advertimos una profunda decepción y expresiones de algo así como una rebelde y viril tristeza, tanto en el rostro del héroe, como en el de la mujer del balcón, su compañera, su esposa. Así hasta que, cuando varios soldados se le acercaron para exigirle la entrega de su arma, Baltasar Brum se partió el corazón de un balazo.

VI

En un edificio de cuatro pisos situado cerca de la Rambla Sur, estaba el apartamiento de Nelly. Apenas abríase la puerta de entrada, llamaba la atención el lujoso mobiliario en madera-caoba del hall, que contrastaba con el empapelado color rosado, desteñido y viejo, de las paredes. También encuadrado en reluciente madera fina, destacábase un retrato de Nelly, fielmente reproducidos el color rubio de su pelo y sus claros ojos castaños. Pasando por el también lujosamente amueblado comedorcito, llegábase al dormitorio. Los muchos objetos de tocador que había sobre la cómoda, daban una idea de la coquetería de la amiga de Elsa. A un costado del lecho, una pequeña biblioteca llena de libros, sobre todo de Medicina, trasuntaba una vocación.

Mientras Elsa grácil contemplábase y se arreglaba coquetamente las medias frente al espejo de su amiga, reparé en un vistoso florero de porcelana, muy artísticamente trabajado, que hacía unos días, en nuestra última cita, no estaba. También me fijé en un nuevo retrato, el de Ramón del Valle Inclán, cer-

lucionarios que una oposición constante agita en el espíritu de las multitudes. De ahí que "El Abogado Antiimperialista", "El Abogado Opositor Parlamentario" y sus huestes, se opusieran radicalmente a tales tentativas conciliatorias. No así otros sectores izquierdistas, porque, entre Baldomir y los que seguían apoyando abiertamente el "golpe de Estado malo", consideraban que el primero había de permitir un ambiente favorable para el desarrollo de las ideas avanzadas.

Los estudiantes, individualmente o en grupos, iban y venían por los patios de la Universidad. Unos, hojeando un libro; otros, los textos bajo el brazo. El ambiente era, en general, de alegría y bullicio. Por allí vimos a Nelly; arreglaba con grácil prolijidad los bucles de su pelo, a la entrada de un salón de clases.

—Cada día que pasa, tengo más esperanzas de que me den un empleo en el Ministerio de Salud Pública —dijo sonriente.

—¿Prometió conseguírtelo algún dirigente opositor? —le preguntó Elsa.

—Tengo una audiencia para la semana que viene, en el Palacio de Gobierno —contestó Nelly, como distraidamente.

—Si te va bien... ¿te olvidarás de tus amigas?

—Apenas resuelva mi problema, pierde cuidado; hablaré por ti.

—¡Ah, me olvidaba! —dijo Elsa y le devolvió a Nelly la llave de su apartamiento.

Abrió Nelly su cartera y guardó su llave, con aire de distracción. —Por aquí, casi todos aceptan la expectativa ante la restauración —dijo—. Son muy pocos los profesores y los estudiantes decididos a seguir en la oposición.

Cuando sonó el timbre anunciando el comienzo de la clase de Literatura de Preparatorios de Medicina, Nelly nos despidió sonriente. Elsa y yo pasamos al otro patio, para introducirnos al salón donde dictábase un curso de Filosofía de Preparatorios de Derecho.

VII

Era evidente que la expectativa ante la restauración ablandaba los ánimos para la lucha por principios, alentando esperanzas de ubicacionismo burocrático. Pero interesaba el porvenir de Elsa, la ayuda que significaba obtener un cargo en alguna oficina jurídica del Estado. En tales pensamientos entramos a la confitería "La Figuración", poco después del mediodía. Distraíame de fundamentales preocupaciones comparar la concurrencia a la confitería de unos días antes, en horas del atardecer, con la que solía verse después del mediodía. Esto es, la afluencia de grupos y parejas de gente elegante para beber cócteles o tomar el té, en las mesas o en el mostrador del moderno bar, por la tarde, y la presencia de conocidas figuras de la política, del Foro, de las profesiones liberales, de la Banca, que después de almorzar en sus respectivas residencias concurrían a la confitería para allí comentar, con aire de personas importantes, los sucesos y chismes políticos del momento, mientras gustaban despaciosamente sus humeantes tazas de té o de café. A la hora del cóctel, mirando

con discresión por el paño de espejo a la altura de la pared de fina madera-caoba, satisfacíame trazar paralelos entre Elsa y muchas mujeres más jóvenes que vestían con más lujo que ella; yo justipreciaba los encantos y refinamientos de su intimidad. En las reuniones después del mediodía, contrariábame más de una mirada de deseo que fijaban en Elsa, hombres mundanos y maduros, de porte y fama donjuanescos.

Era más o menos dos horas después del mediodía, que "El Abogado Renacentista", "El Abogado Siglodieciochesco" y algunos compañeros de lucha política, solían encontrarse en una mesa situada junto a una de las tres columnas independientes, la más cercana a las vidrieras interiores del local, en las que exhibíanse artísticas bomboneras, platos de fina loza y vistosos jarrones de porcelana de Sévres.

—Parece que el espíritu de lucha se ablanda, decae en esta expectativa ante la restauración democrática —dijo Elsa, en oportunidad de que "El Abogado Siglodieciochesco", nos invitaba a compartir su mesa.

—Esperamos que el gobierno no tarde en ser nuestro —dijo "El Abogado Renacentista" y miró hacia el techo, como alegrado por un grato sueño y deleitándose en la contemplación de los dos artísticos "vitraux".

—Por lo menos, un gobierno influído por nosotros —aclaró "El Abogado Siglodieciochesco".

—Si se confirmaran los rumores de que los militares allegados al Dr. Terra, preparan un golpe para anular las elecciones, —dijo "El Abogado Renacentista"— aumentaría en grandes proporciones nuestra chance. Porque ese intento, que se dice que estallará esta noche, estén seguros que fracasará. Entonces, por desquite, el general electo para la Presidencia se acercará a nosotros, se acercará cada día más a nosotros.

—¿Se acercará a nosotros o a "El Político Contemplativo de la Restauración"? —pregunté—. No olvidemos que ellos son del mismo partido tradicional, aunque por el momento el "golpe de Estado malo" los haya distanciado.

—Ni siquiera sabemos si fracasarán en su intentona los motineros —dijo Elsa.

"El Abogado Siglodieciochesco" terminó su café, ofreció cigarrillos, nos miró entre pensativo y risueño. —Si se intenta dar ese golpe subversivo, fracasará —dijo—. En cuanto a eso que dijo nuestra gran amiga, de que Baldomir prefiere...

—No lo dije yo, fue mi compañero —aclaró Elsa.

—Bien, su compañero. Como usted casi siempre tiene la palabra, mi estimada amiga, me pareció... En fin. Eso del acuerdo entre los de un mismo partido, ni me contraría ni me preocupa. Nosotros, con nuestras plumas, desde el diario nuestro, seremos siempre decisivos en las soluciones de interés nacional. Por otra parte, es lógico esperar, en un principio, un acuerdo entre el General Baldomir y su correligionario distanciado, "El Político Contemplativo de la Restauración". Eso, aunque en la noche de la victoria en las urnas del general, no haya hecho sonar las ruidosas bocinas de su diario.

—Ganas, no le habrán faltado —dijo Elsa.

—Bien, supongamos que suceda eso —continuó diciendo "El Abogado Siglodieciochesco"—. Supongamos que Baldomir, también correligionario distanciado de nuestra amiga Elsa, busque un acuerdo no en términos nacionales, sino partidarios; mismo, que los seguidores de las ideas del viejo Batlle, terminen por no darnos importancia. En ese caso, se olvidarán las divisiones y los grupos surgidos del "golpe de Estado malo". Entonces, la lucha política se planteará como antes: Los dos grandes partidos tradicionales frente a frente.

—¡Oh, los prodigios de la Ley de Lemas! —exclamó Elsa risueña.

—Si eso sucede, un nuevo pacto, de otra índole, nos llevará otra vez al poder —dijo "El Abogado Renacentista".

En eso, advertimos que acercábase a nuestra mesa "El Político Contemplativo de la Restauración". Caminaba lentamente, algo encogido de hombros, una mano apretando el diario que guardaba en un bolsillo del saco; por momentos, su mirada buscaba las nuestras, con aire de gravedad. —Hay noticias alarmantes —dijo apenas se sentó—. En los cuarteles no aceptan la victoria del general. El Jefe de Policía busca asegurar, de todos modos, el mantenimiento del régimen de gobierno del "golpe de Estado malo".

—Pero... no se preocupe, amigo mío... —dijo "El Abogado Renacentista"—. ¿Cree usted que esa maquinación borgiana tenga éxito? No pasará de una intentona condenada al fracaso; si no queda en simples rumores, nada más.

—Por lo menos, es un rumor que ya ganó la calle —dijo "El Abogado Siglodieciochesco".

—Pero... ¿no dicen hasta la fecha, en la noche de hoy? —preguntó Elsa.

—El ruido de los sables trasciende, se difunde con facilidad —contestó "El Político Contemplativo de la Restauración"—. Les puedo decir más, es en los altos comandos policiales donde se resisten a aceptar un gobierno del general.

—Un gobierno del mismo que los mandaba no hace mucho —dijo Elsa.

—Está claro que la intentona motinera nos favorecerá —dijo "El Político Contemplativo de la Restauración"—. Eso, por supuesto, siempre que a nuestros amigos les vaya bien.

—Aunque nuestros nuevos amigos afronten con éxito la intentona motinera... —dijo Elsa— ¿están ustedes seguros de que el general se acordará de nosotros?

—Inmediatamente, no —contestó "El Político Contemplativo de la Restauración"—. Esperar algo así, no sería lógico. Pero, por eso mismo, para un futuro acuerdo político del general con nosotros, está la gran idea del "golpe de Estado bueno".

—Para algo así, son grandes las esperanzas de "El Abogado Periodista" —dijo "El Abogado Renacentista".

—Creamos que el 'golpe de Estado malo" está liquidado, desde ya —dijo "El Abogado Siglodieciochesco"—. Y nos satisface mucho que hayan sido principalmente nuestras plumas de periodistas, las que, a manera de sables de diestros espadachines,

hayan abierto hondas fisuras en el cuerpo del enemigo político.

—Pero, amigo, mucho cuidado con las reacciones sorpresivas del herido —dijo "El Político Contemplativo de la Restauración"—. Los elegantes golpes de sable, hoy en día casi nunca son golpes de gracia.

—La juventud teme que la expectativa ante la restauración termine con el espíritu revolucionario, de lucha —dijo Elsa.

—¿Qué quiere decir con eso, señorita, —le preguntó, fruncido el ceño, "El Político Contemplativo de la Restauración"—. ¿Un estado de cosas peligroso, que provoque una disconformidad para lo económico en la gente del pueblo?

Elsa iba a contestarle, pero se limitó a mirarlo con irónica fijeza. Me instó a despedirnos de los políticos de aquella mesa, para ir a la radioemisora de Luis Batlle Berres. Antes de salir de la confitería, detuvímonos junto a la columna blanca situada detrás de las grandes vidrieras que dan a la avenida.

—¿Habrá un golpe de Estado? —preguntó el mozo de servicio, mientras envolvía el paquete de bombones con que yo obsequié a Elsa, la que, distraída, se quedó como pensativa ante la pregunta de índole política.

—Se dice —contesté—. Pero, en concreto, nosotros no sabemos más que usted.

—Se dice que una tormenta se aproxima —dijo Elsa—. Pero, hablando con franqueza, yo no veo ni siquiera un nubarrón.

El ambiente de la avenida estaba animado. Las gentes que pasaban iban locuaces, alegres, como

ajenas al tema político que tanto nos preocupaba a Elsa y a mí. Elsa, no dejaba de advertir, coquetamente, que su paso atraía frecuentes miradas. Miradas más insistentes que en otras ocasiones porque, ajustada a las armoniosas caderas, dibujaba insinuante los contornos de la mujer, la fina pollera color rosa-té.

Entre los hombres y las mujeres que pasaban, notábase de vez en cuando algunos lujosamente vestidos representantes de la clase ganadera, de la alta burguesía comercial y algunos profesionales, entre una mayoría de modestamente trajeados burócratas y más pobremente vestidos obreros, jubilados y muchos que vivían de las "changas" sin ocupación ni oficio fijos. Eran casi todos privilegiados del latifundio o del gran comercio importador, los ocupantes de los automóviles. Elsa y yo, interesados en captar de las conversaciones callejeras alguna referencia al posible golpe de Estado, no oímos nada al respecto.

—Esta situación tiene que cambiar, el sueldo del ministerio a penas si alcanza para vivir y bastante mal, por cierto —oímos que le decía un hombre joven a otro, que caminaba a su lado—. Nos podemos vestir, pagando la ropa en cuotas. En cuanto a ir al cine, eso sólo muy de vez en cuando. En el bar, el dinero a penas da para una copita de caña o algún cafecito.

—Por casa andamos más o menos —dijo el otro—. Mi mujer salió a buscar trabajo.

—Dicen que si hay guerra en Europa, acá mejoraremos —explicaba, con acento y pronunciación ita-

lianos, a otro hombre modestamente vestido, un lustrador de calzado—. Vine desde Nápoles "para hacer la América" y, ya ve...

—A los pobres de por acá tampoco nos va muy bien, puede usted verlo —contestó el otro.

—Si a los que viven peor, no les interesa lo que pueda pasar con el posible golpe contra Baldomir, —dijo Elsa— ¿qué podemos esperar? Esos que van en automóvil, los mismos jóvenes o los padres de ellos, toda esa gente de la "élite" que frecuenta la Confitería La Figuración, tendrá igualmente defendidos, asegurados sus privilegios y grandes intereses, gane quien gane en el próximo golpe de Estado, si lo hay. Y si el mozo de La Figuración se interesó y nos preguntó algo sobre el tema, eso es porque él se mueve entre políticos.

—Eso sí, como por deporte, esa gente "habitué" de La Figuración es partidaria, más o menos convencida, de algún líder político.

—Y apoyan, más que a un partido, a algún sector político. La división en sectores se acentúa, cada día más, en los partidos grandes.

—Sí, sobre todo después del 31 de marzo.

—Sobre el golpe de Estado que anuncian, pensemos que "cuando río suena, agua lleva".

—Sí, sí; se dice que algo pasará esta noche.

—Algo debe saber Luis —me dijo Elsa y detúvose por unos instantes para enderezar prolijamente su peinado, al pie de las escaleras del edificio de la radioemisora del político aludido. No tiene más que cuarenta años, pero sí, mucha experiencia.

Luis Batlle Berres era uno de los dirigentes opositores que miraban con más reservas la expectativa creada en torno a la figura política del General Baldomir, para una posible restauración del régimen gubernamental derribado por el golpe de Estado de 1933. No tan radical como "El Abogado Antiimperialista", nuestro amigo Luis juzgaba vacío de constructivo contenido social, cualquier gobierno surgido de un pacto entre Baldomir, el Batllismo y el Partido Nacional Independiente, las principales fuerzas de la oposición al "golpe de Estado malo".

—Así y todo, —dijo Luis en el escritorio de su radioemisora, Elsa y yo sentados frente a él en un sillón, entre tanto bebíamos los cafés con que nos convidó— no hay duda de que este resultado electoral del triunfo de Baldomir, es preferible a lo que hubiera significado una ascensión al poder del Dr. Blanco Acevedo y sus seguidores terristas. Pero, eso sólo considerando mejores perspectivas para que los opositores al golpe de marzo nos acerquemos a la conquista del gobierno. Pero, desde el punto de vista del progreso social, tanto el general-arquitecto como el médico cirujano de renombre científico... ¿acaso cualquiera de ellos, una vez en el gobierno, se decidiría a emprender reformas de fondo? Por ejemplo, dando la preferencia al desarrollo de lo que, demostrado está por el ejemplo universal, es la base del progreso auténtico de los países, las industrias. Con esto, una reforma agraria y algunas nacionalizaciones, daríamos un gran paso hacia adelante.

—A eso, se deben dedicar los partidos políticos, en un verdadero, serio plan de recuperación nacio-

nal —dijo Elsa—. Ahora, mi compañero y yo queremos saber algo que últimamente anda en los comentarios... ¿Habrá un golpe de Estado?

—A eso que hoy está en boga, lo del "golpe de Estado malo" y lo del "golpe de Estado bueno" —contestó risueño Luis— habría que agregar lo del "golpe de Estado pésimo", que sería ese del que se habla hoy. Si se llega a intentar, yo no creo en su éxito. Como puede provocar una división en el Ejército, los dos bandos en pugna preferirán soportarse, antes que pelear. Hoy en día, para ejecutar un golpe de Estado acá, primero hay que llegar a una unanimidad de pareceres para accionar con rapidez e imponerse sin que "la sangre llegue al río". Y, como eso no se vislumbra, por el momento...

—Eso, de que no se llegó a un acuerdo entre los militares... ¿lo sabe usted de buena fuente? —le preguntó Elsa—. Y en la Policía... ¿tampoco hay acuerdo?

—No lo hay, lo sé muy bien, tengo buenos informes.

—Pero, se dice que algo se intentará —dije—. Y, en una de esas, se cumple aquello de que "cuando el río suena, agua lleva". Y también que, "al que madruga, Dios lo ayuda".

—Tal vez haya un intento de "madrugar", de parte del Coronel Aquila. Los rumores son parte del plan, para ir preparando el clima favorable. De paso, se van enterando de cómo reaccionan los simpatizantes de Baldomir en el Ejército y en la Policía.

—De todos modos, eso se decidirá muy pronto —dijo Elsa.

—En los próximos días, tal vez dentro de pocas horas —agregó Luis.

Sonó el timbre telefónico, ante lo que Luis rápido acudió al llamado—. Me informan que las tropas fueron acuarteladas —dijo apenas colgó el tubo.

—¿Para proteger a quién, las acuartelaron? —pregunté—. ¿A Baldomir, que ganó las elecciones, o el continuismo del Dr. Terra en el poder?

—Eso por ahora es un enigma, mi amigo —me contestó Luis—. Bien, tengo que salir —agregó e incorporóse con prisa para tomar su gacho—. Voy a ver algunos discos nuevos para la radio. Dicen que hay novedades musicales, que tienen interés.

—Usted, también siempre fue amigo de la música —le dijo Elsa, camino de la puerta—. ¿Ese arte, le interesa más que la lucha política?

—Ante su pregunta, amiga mía, me quedé pensando —contesto Luis, mientras bajábamos por las escaleras—. En verdad, me atraen mucho las dos cosas. Debo contestarle, Elsa, que, aunque la lucha política acapara la mayor parte de mi tiempo, cada cosa tiene su lugar, su oportunidad en la vida, para interesar más. Si la lucha en política con todas sus asperezas es hermosa, no por eso deja de serlo la música en el arte, donde es su expresión más elevada, refinada, sutil.

—¿Notó que, aunque hay rumores de golpe de Estado, la mayoría de la gente de la calle parece ciega, sorda, indiferente? —le pregunté.

—Eso es verdad; no nos engañemos, es lamentable, pero es verdad. Pero... ¿no estaba más o menos así mucha gente el 31 de marzo, cuando se implantó la dictadura, cuando trascendió el derrumbe de las instituciones? Si entonces, en aquella hora tan grave, mucha gente estaba así, indiferente o fría, ahora... ¿qué podemos esperar?

—"¡Querellas de monjes!", dice la Historia que exclamó el Papa al enterarse de la Reforma de Lutero —comentó Elsa—. Ahora, el pueblo se dice: Querellas entre ellos, entre políticos. Por eso, no les da importancia.

—Para ser más exactos, —dijo Luis Batlle, cuando nos despedíamos— comparemos con aquel Papa, León X de Médicis, no al pueblo, sino al dictador que acá aún manda, que todavía está en el poder. "Querellas de entrecasa", se dirá, mientras se apresta para dominar al que venga al frente del próximo gobierno, sea quien sea.

VIII

Cuando nos enteramos aquella noche de que efectuábase un despliegue policial hacia la Rambla Sur, Elsa y yo nos dirigimos hacia allí. Vistos los grupos de ostensibles invertidos sexuales que iban rumbo a la misma zona, dos estudiantes que hallábanse parados en una esquina, frente a la puerta de un bar muy concurrido, dijeron que no se sabía a ciencia cierta para qué eran los movimientos de los guardianes del orden público, si por el presunto intento de "golpe de Estado malo" o para disolver las reuniones callejeras de aquellos extraviados psíquicos o viciosos. Trascendió que los incidentes entre los tales y sus explotadores eran frecuentes, dadas las exigencias de éstos. Así, se comentaba el caso de un invertido que tuvo que entregar un valioso reloj de oro, de otro al que le quitaron su sueldo mensual íntegro, de otro al que unos patoteros golpearon y dejaron sin ropas, a la intemperie. Asimismo, eran frecuentes en la vía pública las cantarolas escandalosas y las peleas de ebrios.

Algunos bares de la Ciudad Vieja, los parques y la Rambla Sur eran lugares de los paseos y las reuniones de sodomitas, como años antes la Plaza Zabala. A esta plaza acudían, no sólo los extraviados de los bajos fondos sociales; también conocidas figuras de la política, de las profesiones liberales, así como de otras actividades y oficios. Por eso, mucha gente decía que la presencia de las meretrices por los parques, por la Rambla Sur, saneaba en cierto modo los ambientes. A veces, los agentes policiales reprimían los escándalos. De ahí, la confusión sobre el motivo de aquellos despliegues en la noche de los rumores de un cuartelazo contra Baldomir.

Al llegar a la Rambla Sur, Elsa y yo notamos que, ante los caballos y las motocicletas de la Policía, producíase un desbande en los bulliciosos grupos que antes paseaban por la vereda. Los agentes policiales procedieron al arresto de una decena de muchachones, que señalaron los agentes de Investigaciones que merodeaban por el lugar. Algunos de aquellos invertidos, en su precipitada fuga tuvieron que ser sostenidos por los mismos agentes, para no caer desde el borde de la vereda a la costa rocosa.

En eso, las motocicletas policiales interceptaron la marcha de tres automóviles de chapa oficial. Advertimos que aquella era una represión de otra índole; relacionábase, era muy probable, con los rumores de golpe de Estado.

—Se dice que el promotor del "golpe malo" es el Coronel Aquila —comentó Elsa.

—¿Lo acompañará todo el Terrismo en ese intento?

—No se, no se. Por ahora, querido, el desenlace de todo esto es un misterio.

Agentes policiales, revólver en mano, subieron a los automóviles de chapa oficial, que en seguida arrancaron.

—¿A dónde irán esos tres coches? —preguntó Elsa —.En una de esas, a encontrarse con el que inspiró la acción de los mismos detenidos. ¡Qué intriga complicada! ¡Las cosas que hoy se ven! Este despliegue policial demuestra que el Dr. Terra no apoya un nuevo golpe de Estado o será, por lo menos, neutral. Y sobre todo, que el autor del primer golpe es un hombre que "está en todos los golpes".

—Es que ahora, su sagacidad no verá un ambiente favorable para otro golpe de Estado. Dijiste "estar en todos los golpes", con el sentido del refrán.

Junto al banco de piedra frente a la estatua del Cacique Zapicán, formóse un grupo de curiosos. Algo oímos, de lo que decían. Se manifestaban como Elsa y yo en la duda, entre si el despliegue de las fuerzas policiales era principalmente para reprimir el escándalo de los invertidos sexuales o en guardia contra los supuestos movimientos estratégicos del anunciado golpe de Estado.

—La ocupación de aquellos automóviles por la Policía, parece indicar que interesa, principalmente, el intento subversivo —dijo Elsa.

—Aseguro que ésta es la noche triste del general —dijo uno del grupo de curiosos.

—¿Quién te dijo que el general no se va a defender, que se va a quedar quieto? —le preguntó otro.

En eso nos percatamos de la cercanía de un individuo bien trajeado, cabizbajo, que se aprestaba a subir a un automóvil lujoso. Era un político opositor, como Elsa y yo, pero no un estudiante. Al vernos, nos saludó con una leve inclinación de cabeza. Era "El Político Ganadero".

—¿También usted por estos lugares? —le pregunté.

—A veces, de noche me agrada salir a pasear, a observar. Y más, en una noche como ésta, con tantos rumores.

—Y sucesos —contestó Elsa—. ¿No vio que la Policía acaba de parar a tres coches oficiales?

—¡Ah! ¿Sí? ¿Cómo fue eso? —preguntó—. Yo no vi nada.

—La Policía acaba de detener a tres automóviles de chapa oficial —le explicó Elsa—. Se cree que, por un posible golpe de Estado.

—¿Saben quiénes son los detenidos?

—No los pudimos ver —contestó Elsa.

—No creo que ocurra eso del golpe. Yo tengo amigos en el Palacio de Gobierno. En política no estamos de acuerdo. Pero no por eso se puede dejar de conversar, de vez en cuando, con los gobernantes. No pelearse del todo por la política, es propio de la gente razonable. Hay gente en la Casa de Gobierno, que escucha a los productores. Bien. ¿Saben qué se dice, tanto entre los partidarios del general como entre los del médico cirujano? No quieren saber nada de ruido de armas. Ellos entienden que el país necesita trabajar en paz. Correligionario, —agregó dirigiéndose a mí— hablemos, discutamos sobre

política, pero siempre con calma, cuidándonos de que "la sangre no llegue al río".

—¿Sabe qué opina de estos rumores el Dr. Terra? —le preguntó Elsa.

—Se dice que no quiere alteraciones del orden público, que dijo que sea respetado el resultado de las urnas.

—Se dice, se dice que dijo... pero... ¿qué es lo que piensa? —preguntó Elsa.

—Dicen sus allegados de confianza, que no apoyará ninguna intentona contra Baldomir. Y los productores, la gente del campo, queremos paz y trabajo.

—¿Hablaría usted así si el Dr. Blanco Acevedo hubiera ganado las elecciones? —le preguntó Elsa—. ¿Veríamos también, posibilidades de acuerdo con la oposición al 31 de marzo?

—Quién sabe... De todos modos, me parece mejor que haya ganado Baldomir. Aunque de haber triunfado el Dr. Blanco Acevedo, ya nuestros dirigentes habrían buscado la manera de llegar a un acuerdo con el "cirujano ilustre, capaz de buscar un pacto con los demócratas auténticos, rectificando malos pasos de cuando la dictadura..." Pierdan cuidado, que ya habría sabido argumentar en ese sentido, "El Abogado Financista". En fin. Ganó Baldomir. Lo que da grandes oportunidades, con la expectativa ante la restauración, a nosotros, los opositores al "golpe de Estado malo".

—Deberíamos formar unidad contra el latifundio —dijo.

—Contra los privilegios de los grandes terratenientes, que siempre se sienten dueños del país —agregó Elsa.

—¿Qué entienden, por eso? —preguntó con visible fastidio "El Político Ganadero"—. No es ni privilegiado ni latifundista, el que aprovecha sus tierras para trabajar. Eso es lo que entendió siempre nuestro partido, el Nacional.

—Si tienen tierras por demás, lo mismo son —contestó Elsa.

—En eso discrepo, mismo con gente de mi mismo partido. Una cosa es la lucha por la democracia y otra...

Ruidoso sonido de bocinas interrumpió la discusión. Pasaba un automóvil de la Policía, circundado por motocicletas. Doblaron por una bocacalle hacia el centro de la ciudad.

—Hay rumores y cada vez más ruido —dijo Elsa—. Aunque no de armas, por lo menos de motores y bocinas, como pueden comprobar.

—¿Saben qué creo yo que hay detrás de todo esto? —preguntó "El Político Ganadero", aprestándose a subir a su coche—. Pues, un golpe de viveza del Coronel Aquila. —¡Ah! ¿Para dónde los llevo, en mi coche?

—Nos invita a subir en su "Cadillac"... Pero... ¡qué amable! —dijo Elsa—. A pesar de las verdades que le dijimos sobre el latifundio.

—Y por algo somos demócratas, opositores al "golpe de Estado malo", los tres.

—¿Les queda bien arrimarnos hasta la plaza? —le preguntó Elsa—. En el Club La Expectativa habrán muchos comentarios sobre el posible golpe de Estado.

Rumbo a la plaza la lujosa "limousine" de "El Político Ganadero", yo recordaba los grandes intereses que apuntalaron el "golpe de Estado malo"; el alto comercio de importación, la ganadería, contrariados por la crisis económica fundamentalmente mundial. Entonces, yo me preguntaba con cierta extrañeza cómo era que "El Político Ganadero" que nos llevaba en su automóvil, actuaba en las filas opositoras a una dictadura implantada para favorecer sus intereses. Era indudable que razones de índole política y de consecuencia con su partido motivaban su militancia en la oposición al "golpe de Estado malo". Además, los dirigentes de su sector político defendían los intereses del latifundio, defendíanlo en última instancia por encima de cualquier idea, régimen de gobierno o argumentaciones sociológicas. Pero oponíanse a las dictaduras, predicando la legalidad democrática; eso sí, se oponían con más tesón a aquellas que pudieran contrariar sus intereses. Intereses en los que coincidían con los viejos dirigentes del sector nacionalista que respondía a las orientaciones del Dr. Luis Alberto de Herrera, políticamente combatido por ellos.

—Fíjense en los tipos de ese grupo, ahí en la esquina. La Policía los cercó —dijo "El Político Ganadero", aminorando la marcha de su coche a fin de que observáramos—. ¿Serán gente de la revuelta contra el general?

—No sabemos, puede ser otra la causa —le contestó Elsa—. En el café de esa esquina, se juega fuerte a los dados y al monte hasta la madrugada. Por eso, "de Pascua a Ramos", hay algún allanamiento policial.

—¡Qué relajo! —exclamó "El Político Ganadero" con gestos de desaprobación y volvió a acelerar la marcha de su coche—. Se dice que el general Baldomir tomará medidas contra tanta corrupción. Nadie duda de que el general es honesto. Se dice que, por eso, principalmente, ganó las elecciones.

—Y es un legalista —agregó Elsa—. Tanto, que oficializará el juego de la quiniela; hasta eso, legalizará.

—En lo que hará bien —dijo "El Político Ganadero"—. De lo contrario, con tanto clandestinismo, nuestra ciudad pronto va a parecer Chicago en tiempos de la famosa "Ley Seca".

Vuelto el silencio, atento "El Político Ganadero" a la conducción de su automóvil para doblar por la plaza, yo continuaba en mis reflexiones. La expectativa ante la restauración era una manera de terminar por conciliar los grandes intereses capitalistas en el apuntalamiento de un gobierno, que había de favorecerlos a todos por igual; así, la oposición periodística, política y verbal de rutina, no caería en la temida oposición revolucionaria, capaz de hacer peligrar lo social y económicamente establecido, como hacía tiempo lo advertía "El Abogado Financista".

—Vean, hay un despliegue policial en el café del "bowling" —dijo Elsa al despedirse de "El Político Ganadero", cuando bajábamos del automóvil.

—¿Eso sí, será por el motín? —preguntó "El Político Ganadero".

—No sé. También ahí hay juegos prohibidos... ¡Y qué juegos! —contestó Elsa.

IX

Como en otras oportunidades, "El Abogado Renacentista" y "El Abogado Siglodieciochesco" hallábanse aquella noche en la biblioteca del Club "La Expectativa". Fumaban, charlaban, miraban a la gente que andaba por la plaza. Apenas nos vieron inclináronse corteses, nos convidaron con cigarrillos rubios.

—Seguramente, van a preguntarnos qué se dice del golpe contra Baldomir —dijo "El Abogado Siglodieciochesco"—. Rumores, nada más que rumores; por ahora.

—Por eso, cuando mi distinguido colega me pidió que escribiera un editorial en el diario sobre ese tema, le dije que no convenía precipitarnos —dijo "El Abogado Renacentista"—. En una de esas, esta noche no pasa nada extraordinario. Eso sí, escribí sobre algo que siempre será útil, suceda lo que suceda. Una nota de apoyo al Presidente electo, tendiente a malquistarlo cada día más con el Dr. Terra y su gente.

—¿Qué se dice en la Universidad? —preguntó "El Abogado Siglodieciochesco".

—Hay ambiente favorable para una tranquila expectativa ante la restauración —contestó Elsa.

—¿Eso, a pesar de la tenaz prédica en contra, de "El Abogado Antiimperialista"? ¿Y de las constantes y demoledoras ironías de "El Abogado Opositor Parlamentario? —preguntó "El Abogado Renacentista".

—Sí, sí, a pesar de todo eso —respondí—. Aunque, claro está, los estudiantes, más que en estudiar los textos universitarios, se interesan en escuchar los argumentos de esos dos abogados, 'El Abogado Antiimperialista" y "El Abogado Opositor Parlamentario". Pero ni las teorías sociales ni las ironías más finas ni los datos sólidos y precisos sobre el pasado y las perspectivas históricas, pueden en este momento más que la expectativa ante la restauración, tan pregonada.

—¿Qué se dice en la Universidad, del golpe de esta noche? —preguntó "El Abogado Siglodieciochesco"—. ¿Están los estudiantes dispuestos a armarse, formar brigadas y pelear en defensa de la causa democrática? ¿De la restauración, de nuestro retorno al gobierno?

—No creo que se llegue a tanto como pelear; no creo, no creo —respondió Elsa—. Los estudiantes simpatizan más con Baldomir que con los que se mantienen consecuentes con el "golpe de Estado malo". Pero, si no hubo una organización de brigadas populares para pelear cuando se ejecutó aquel golpe, cuando se suicidó Brum; es lógico pensar que ahora, mucho menos...

—Pero es que ahora también se juega una defensa de la legalidad, el reconocimiento del legítimo triunfo en las urnas de Baldomir —dijo "El Abogado Siglodieciochesco"—. Y la posibilidad de que volvamos al gobierno, los que el 31 de marzo fuimos injustamente, ilegalmente desplazados.

—Miren, parece que viene al club "El Político Comerciante" —dijo "El Político Renacentista", señalando, mediante un leve movimiento de cabeza, a un hombre grueso, maduro, de talle mediano y rosada tez.

—También correligionario mío —dijo Elsa—. Y muy allegado a otro correligionario, "El Político Contemplativo de la Restauración".

—En una de esas, viene como de costumbre, de ceño fruncido y gesto amargo, a pedir rebaja para los avisos de su negocio, que suele publicar también en nuestro diario —dijo "El Abogado Siglodieciochesco".

—O a pedir que no escribamos, sin muchos miramientos, contra los grandes contrabandos que favorecen su comercio —agregó "El Abogado Renacentista".

Yo recordaba que, así como a los intereses de otro opositor al "golpe de Estado malo", "El Político Ganadero", la ilegalidad favoreció algunas conveniencias particulares de aquel fuerte comerciante. No obstante, por partidarismo, por tradición y, sobre todo, por su vieja amistad con "El Político Contemplativo de la Restauración", se mantuvo leal a la oposición al 31 de marzo. En las buenas o en las malas, su club político, un poderoso baluarte electoral de zona, ac-

tuaba según los dictámenes de "El Político Contemplativo de la Restauración". Como éste, "El Político Comerciante" sostenía que había que olvidar los rencores políticos del reciente pasado, para evitar los riesgos de que tanta oposición política se volviera revolucionaria. Asimismo, era evidente que "El Político Comerciante" pensaba que, bienquistándose del todo con algún gobierno, habría de aumentar las ventajas para su negocio y algunos miembros de su club político podrían moverse con mayor tranquilidad en aquellos contrabandos que lo beneficiaban. Sabíase que en plena dictadura marzista de Terra, trataba de que la oratoria en su club no fuese violenta. Ante todo pensaba en trabajar para enriquecerse cada día más, no podía arriesgarse a que su club fuera intervenido por la Policía. Por eso, "El Político Comerciante" expulsó de su club a más de un ciudadano opositor exaltado, a todos los pregoneros de iniciar desde el llano una revuelta popular. Solía decir: "Una oposición política no debe prescindir de la cultura, del respeto a las personas".

—Los opositores queremos saber qué pasará esta noche —dijo "El Político Comerciante" apenas llegó al balcón, inmediatamente de saludarnos; mirándonos entre amargado y pensativo, de reojo.

—Y... amigo... ¿está dispuesto a pelear en defensa de la legalidad si sucede algo? —le preguntó algo irónico "El Abogado Siglodieciochesco".

—No será necesario, el general aplastará a los motineros, si se atreven... —contestó—. Y si hubiera que pelear... ¿usted...?

—Una vez le mandé los padrinos al gobernante, él no aceptó el reto... ¿no se acuerdan...? —dijo "El Abogado Siglodieciochesco".

—Amigos, tengo una noticia —dijo "El Político Comerciante". —Una de mis mejores clientes, la pianista Sofía, da una fiesta esta noche. Como ustedes deben saberlo, esa linda mujer frecuenta los círculos más allegados a Baldomir.

—¿Usted fue invitado? —le pregunté.

—Sí, pero no voy. Les hablé de esa fiesta para hacerles ver que si la situación fuera grave, como dicen...

—¿Y por qué no se puede alternar una fiesta con la lucha, con la misma guerra? —preguntó "El Abogado Renacentista".

—¡Ah, sí! Como en los tiempos de César, el Borgia —dijo Elsa—. Pues, mi novio y yo iremos a esa fiesta. No estamos invitados, pero... ¿eso qué importa? La pianista Sofía es de las íntimas de mi amiga Nelly. Así que, iremos. ¿La han visto, recuerdan que Sofía es una morocha alta, esbelta, de grandes ojos negros? ¿A que ustedes, estimados abogados, también vienen?

—No nos invitaron, además tenemos que escribir para el diario —contestó "El Abogado Siglodieciochesco"—. Pero usted, amigo... ¿no se tienta una vez más con la descripción que su correligionaria Elsa, acaba de hacer de la pianista Sofía? —agregó dirigiéndose a "El Político Comerciante".

—Es que, con semejantes descripciones, cualquier expectativa deja de ser tranquila —dijo "El Abogado Renacentista".

—La ponderan, aunque nada dije de su boca, de sus grandes labios —dijo Elsa.

—No agregó que esa famosa concertista siempre luce, tanto en sus recitales de piano como en las fiestas, las ropas más finas de mi tienda —dijo "El Político Comerciante".

—Pero, nunca tan naturalmente elegante como cuando juega al wolley-ball —dijo Elsa.

Un sorpresivo ruido de aviones, que volaban muy cerca, despertó la curiosidad de los que estábamos en el club.

—Esos aviones... ¿irán a bombardear a los del golpe? —preguntó inquieto "El Político Comerciante" al despedirse.

—Parece que van a la Casa de Gobierno —dijo "El Abogado Sigliodieciochesco", mirando desde el balcón hacia arriba.

—Me voy a casa, a oir un rato la radio —dijo "El Político Comerciante"—. Puede ser que cuando llegue, lo del golpe de Estado ya esté definido.

—Antes de irse... ¿no quiere tomar con nosotros whisky o champán...? —le preguntó "El Abogado Siglodieciochesco", mientras caminaba lentamente hacia el teléfono del hall—. Desde nuestro club, también puede oir las noticias por radio.

—No, gracias, amigo; tengo que hacer unas llamadas telefónicas. Son llamadas de urgencia, por asuntos de negocios.

—Esos aviones... ¿no andarán por las denuncias de contrabandos? —preguntó Elsa apenas "El Político Comerciante" se alejó.

—¿Quién va a sorprenderse, por eso? —preguntó irónico "El Abogado Siglodieciochesco"—. Pero usted, estimada Elsa... ¡cómo trata a su correligionaria! Apenas se dio vuelta, una indirecta...

—Dentro del mismo partido, cada cual con sus ideas y sus conductas —dijo Elsa—. Veremos quién se impone, finalmente, en esa lucha interna. Entre tanto, vamos unidos por los prodigios de la Ley de Lemas. ¿También le asombra eso, doctor?

—Siempre proclamé que la dignidad, la honradez, deben ser normas de todo hombre público.

—Los nervios, la impaciencia del personaje que se fué recién, indican que teme una acción vigilante contra sus contrabandos —dijo "El Abogado Renacentista".

—Bien, señorita Elsa... ¿quiere champán? —preguntó "El Abogado Siglodieciochesco".

—Muchas gracias, doctor. Mi novio y yo salimos en seguida para la fiesta de Sofía. Además, todo tiempo es precioso para usted. Antes de escribir sus editoriales, puede repasar un ratito, en la biblioteca, "La Enciclopedia" de Diderot.

—Les ruego, insisto; acepten una copa de champán a modo de anticipo de las muchas que beberán en la fiesta —dijo "El Abogado Siglodieciochesco".

Elsa llamó por teléfono a Sofía y le anunció que iríamos, poco después de que en el mostrador del bar del Club La Expectativa brindamos con champán, por el éxito del General Baldomir para el caso de que el anunciado golpe de Estado se convirtiera en realidad.

XI

Apenas salimos de "La Expectativa", Elsa hizo señas a un taxi, que dio vuelta y se detuvo junto a la acera donde esperábamos, para ser conducidos hacia la casa de Sofía. Esta vivía en Playa Verde con sus padres, a una cuadra de la rambla. El automóvil andaba velozmente. Había poco tráfico, pero Elsa temía los accidentes, sobre todo de noche.

—Más despacio, por favor —le dijo al chofer, algo imperiosa—. Hoy en día, es mucho más fácil morir en un accidente que en cualquier revolución —susurró en voz baja.

Deslumbradora era la belleza del paisaje a la luz de la luna, que daba su diáfana claridad a las playas con sus verdes tamarices, su arena, sus rocas, en la extensión costanera. Incitaba a los paseos de meditativa contemplación a la orilla del mar, la estrellada noche otoñal y templada. No dejé de comunicar tales sentimientos a Elsa, que en seguida trató de convencerme de que no era adecuada para pensar en los paseos románticos una noche tan poblada de graves rumores.

—Además, Sofía puede ayudarnos en lo que nos interesa —me explicó en voz baja—. Me puede conseguir un cargo público. Como ya te dije, es amiga de Nelly y tiene influencia con los allegados de más confianza del general.

A penas cruzamos el pequeño jardín del frente de la casa, un jardín cuyos canteros con claveles blancos y con claveles rojos apreciábase sugestivamente a media luz, Sofía acudió a recibirnos. Lucía Sofía un escotado vestido de baile color verde-claro, los pliegues como diseñando, haciendo resaltar la elegante línea de su talle. Sus atractivos, su belleza, coincidían con aquella gráfica descripción de Elsa en "La Expectativa". Sólo le faltó a Elsa exaltar su cabellera, muy negra y prolijamente recogida sobre sus sienes; así como su buen gusto para usar las finas, resplandecientes joyas. No obstante su renombre, nunca vi a Sofía en los conciertos de beneficencia donde solía actuar. Eso sí, cuando ella salió a recibirnos recordé fotos de periódicos, de revistas, de noticiarios de cine, como también admirativas conversaciones con Elsa acerca de ella, artista en el piano y diestra jugadora de wolley-ball. A los que llegaban a su casa, mostrábales Sofía primeramente la biblioteca, un saloncito con mullidos sillones y una finísima mesa de cristal que ostentaba tres artísticos floreros de porcelana. Del brazo entre Elsa y yo, Sofía nos mostró orgullosamente su nuevo piano de cola, su moderna ortofónica, sus discos con las últimas novedades musicales.

—Como pueden ver, mis preferencias son para el piano, la música, los discos. Aunque Elsa y Nelly sa-

ben muy bien que me interesa, y bastante, también la política. Bien. Nos vamos a divertir mucho, muchísimo, esta noche. Papá y mamá están en Punta del Este.

Casi arrastrándonos nos llevó hasta un sofá de la sala, donde instalóse entre Elsa y yo. —Supongo que no se sentirán apretados, mis queridos —dijo sonriente y simpática—. No hay lugar que sea estrecho, para los criterios amplios.

—¿Adónde están los invitados? —preguntó Elsa y se movió en el asiento, como queriendo apartarse un poco del roce del cálido talle de Sofía.

—Los que llegaron están en el comedor. Allá está Nelly, mi gran amiga Nelly.

—Dime Sofía. . . ¿qué se sabe del golpe de Estado?

—Esta reunión tiene algo que ver con eso. Como pronto comprobarás, el único invitado que no es militar, aquí en esta casa, es tu novio.

Siempre Sofía del brazo entre Elsa y yo, pasamos al comedor. Allí nueve militares bebían y conversaban, rodeando a Nelly y otras dos muchachas rubias, de rostro agraciado y elegante presencia, aunque algo gruesas. Frisaban entre los veinte y los veinticinco años, lucían vistosos vestidos de baile. Denotaban su complacencia ante la admiración que demostrábales aquel grupo de oficiales del Ejército.

Sofía nos presentó a los militares, jóvenes todos ellos; movió el dial de la radio, que oíase apenas; tomó una coctelera y llenó los vasos de los invitados. —Antes de bailar esa conga, bebamos un poco —dijo—. Y de paso, les haré una pregunta, aunque peque de indiscreta. ¿De qué hablaban, tan despacio?

De amores clandestinos? ¿Del golpe de Estado? ¿De algo de eso era... ¿no?

—¿De amores, dijiste?... ¿Cómo podía ser? —contestó uno de los oficiales—. Eramos nueve hombres contra tres mujeres; sería un abuso. En cuanto a lo del golpe, nos pueden llamar en cualquier momento.

—Ahora... ¡brindemos por Baldomir! —exclamó Nelly, levantando su vaso.

Un oficial muy alto y morocho ofreció cigarrillos, primeramente a Elsa, a la que miraba con cierto aire pretendidamente seductor, que fastidiábame. —Creo que podremos bailar tranquilos —dijo—. Bastará la Aviación, para calmar a todos esos descontentos con las elecciones.

—Pero, de todos modos, aquí no nos vamos a poder quedar por mucho tiempo —dijo otro oficial—. Aunque todavía no llamen con urgencia por alguna intentona subversiva, dentro de una hora tendremos que volver a nuestros puestos. Será lamentable, dejar tan buena compañía —agregó paseando rápidamente su mirada, como en una búsqueda vivaz de los ojos de las muchachas—. Eso hace que nos mostremos más decididos para castigar a los ambiciosos y a los traidores.

—Todos esos, ya tendrán su merecido, pierdan cuidado —dijo un oficial rubio, de talle mediano, que se acercó a Nelly y la invitó a bailar.

—¿Se implantará la Ley Marcial? —preguntó irónica Elsa, que en seguida me invitó a bailar con ella, uniendo nuestros pasos a los de Nelly y su compañero.

Sofía desbordó con una mezcla de bebidas los vasos de los militares que estaban sin compañera de baile e hizo sonar el timbre cercano al gran sofá. Arrimó contra la pared, los muebles que podían obstaculizar los libres movimientos de los bailarines. Entró poco después la mucama, portadora de una bandeja con los ingredientes de acompañamiento de los copetines.

—Tienen que llegar otras amigas mías —dijo Sofía a los oficiales que no tenían compañera, a la vez que ella aceptaba la invitación a bailar del oficial muy alto y morocho que había mirado a Elsa—. Llegarán más invitadas, estén tranquilos. Y no miren tanto, a mi morena y vistosa mucama.

—Nosotras vinimos pensando bailar hasta la madrugada —dijo Nelly como lamentándose—. Y ahora resulta que...

—Todo, todo se arregla bailando sin parar —dijo el compañero de Nelly—. Todo está en sacar provecho del tiempo...

—¡Escuchen! ¡Ruido de aviones! —exclamó Sofía y arrastró al oficial muy alto hacia la ventana abierta que daba a la calle.

—¿A quién apoya la Aviación? —preguntó Elsa mientras nos acercábamos a la ventana.

—A Baldomir, estén seguros —contestó el compañero de Nelly.

—Yo conté cinco aviones —dijo Sofía—. Parece que el asunto se empieza a animar.

—Diga... —me preguntó el oficial que bailaba con Nelly—. ¿Es verdad que los opositores al Dr. Terra, tampoco simpatizan con la personalidad de nuestro

General-Arquitecto? ¿Que lo apoyan, nada más que con la esperanza de que les facilite un acceso al gobierno?

—Esperamos que el General Baldomir realice un gran gobierno —le contesté.

—Voy a apagar la luz —dijo de pronto Sofía—. ¡Qué lindos estarán el comedor y la salita, con la sola media luz de la luna que entra por la ventana!

Entonces Nelly se acercó rápidamente a Sofía y le dijo algo al oído —Sí, sí, querida, como aquella noche... —agregó Nelly alzando un poco más la voz.

—Bien, mis queridos, —dijo Sofía— ahora, para que nada trabe mis movimientos, voy a danzar la conga en viso, nada más que con este liviano y lindo viso.

Sofía apagó la radio, eligió un disco, lo colocó en la parte del mueble que era ortofónica.

Los militares aplaudieron y rodearon a Sofía.

—Bien, voy a danzar así, como Nelly me lo pidió y como todos desean verme —dijo Sofía, se quitó el vestido y lo dejó caer sobre el gran sofá. —Bien, mis queridos, bailaré así, media desnuda, pero si prometen portarse bien; nada de salvajadas —agregó, mientras alisaba coquetamente su fino viso negro riquísimo en encajes.

Movía Sofía sus pies, sus piernas, sus caderas, con ágil ritmo y entusiasmo. Los espectadores reían, festejaban. A los aplausos y los brindis siguió el tarareo de la conga danzada.

—Esta música es más divertida que la de sus conciertos de piano —dijo el más joven de los oficiales,

que era apuesto, morocho, de estatura mediana y recia complexión física.

—Ya te oí, grosero, inculto, guarango que nos aprecias mi arte —le dijo Sofía cordialmente, lo agarró por un brazo y lo arrastró a bailar la conga con ella.

—Ese es su novio —me explicó Elsa.

—Sofía es mayor que él, cinco años más o menos... ¿no?

—Y eso... ¿qué importa? Si tiene experiencia... Y... acaso... ¿no es un lindo muchacho?

—Bailen, ustedes, bailen —dijo Sofía—. ¿Qué les pasa, que no bailan? ¿Por qué nos miran tanto, a mí, a mi novio...? ¡Ni que fuéramos una pareja de artistas como los Sakharoff! Claro está que me miran a mí, con preferencia. ¿Por qué? ¿Acaso, así estoy más desnuda que en la playa, noveleros? Bailen, bailen, que pronto habrá compañera para todos.

Poco después ocho mujeres jóvenes, con largos y muy escotados vestidos, entraron y en seguida los militares que estaban sin compañera se les acercaron. Las invitaron con cócteles y, entre piropos y entre risas, formaron parejas.

—¡Oigan, otra vez los aviones! —exclamó Sofía interrumpiendo la danza.

—Ruido, ruido; nada más que ruido de motores que van y vienen —dijo Elsa.

—Pon la ortofónica más alta, Sofía —dijo Nelly—. Así esta batalla de ruidos la ganará la música y, sin preocuparnos del ruido de aviones, seguiremos divirtiéndonos.

—Un momento, que suena el teléfono —dijo Sofía, se separó de su novio y presurosa salió a la galería.

Poco a poco los militares se fueron separando de sus compañeras, para mirar hacia la galería. Nelly situóse entre ellos, sonriente buscaba el encuentro de sus miradas con las de ellos. Los militares, impasibles, como ajenos a las insinuaciones y coqueteos de Nelly, se quedaron como a la espera de que Sofía volviese.

—Si es necesario, yo también me saco el vestido para animar más la fiesta —dijo Nelly.

Cuando, luego de apurar otro cóctel, iba Nelly a quitarse el vestido ayudada por Elsa, volvió a bajar su falda al advertir que Sofía volvía sumamente agitada. Sofía se acercó a su novio, lo apartó del grupo y le dijo algo al oído.

—Ya no estamos para ciertos juegos... ¿no es verdad, Eduardo? —le preguntó Sofía a su novio—. Llaman para jugarse, eso sí, defendiendo a Baldomir. Se dice que el Coronel Aquila ordenó su arresto. Eso quiere decir que empezó la lucha. Ahora, a jugarnos enteros por nuestro general. Sino, en menos de un día, el Coronel Aquila, ese tipo audaz, ese bandido...

—Pero, el Presidente saliente... ¿qué piensa hacer? —preguntó Elsa.

—El Dr. Terra apoyará, finalmente, los derechos del general a la Presidencia de la República, si demuestra que se sabe defender —respondió Sofía.

—Aunque, es de suponer, que Terra desea que se imponga el Coronel Aquila —dijo Elsa.

El oficial muy alto y morocho se abrió paso entre los militares, apagó la radio, volvióse hacia ellos y les habló en voz baja. Era el Jefe del grupo. —No podemos perder tiempo —agregó alzando la voz—. Disculpen, muchachas. Eso sí, pierdan cuidado, pronto volveremos.

—Sí, prontito; queremos saber lo que sucedió —dijo Nelly—. Me quedé curiosa, impaciente...

Sofía, que por momentos parecía el verdadero comandante del grupo de militares, los llamó aparte y, con cierto aire de amable imperio, les recomendó algo en voz baja. Ellos siguiéndola como en actitud admirativa, encaminóse hacia la puerta de calle. —¿Saben qué es lo que lamento más? —les dijo—. No poder vestirme de hombre ahora mismo, para ir con ustedes y jugarme la vida, si es preciso.

—Ya habrá oportunidades, querida amiga, si la lucha se prolonga —respondió sonriente y algo irónico el Jefe de los militares.

SEGUNDA PARTE

LAS CONSECUENCIAS DE UN SONDEO

I

Días después en horas del atardecer, en casa de Sofía, ésta, Elsa, Nelly y yo, cómodamente instalados en los sillones de la sala, nos aprestábamos a escuchar al Oficial Eduardo, mientras la mucama llenaba las finas tazas de porcelana con humeante te.

—¡Ah! Antes de que nuestro querido amigo empiece a relatar, —dijo Nelly— dime, Sofía... ¿te acordaste...?

—Sí, sí, acá tienes la recomendación —contestó Sofía y le entregó a Nelly un sobrecito que había encima de la redonda mesa de terso cristal.

—Mañana mismo iré con la tarjeta —dijo Nelly—. Y espero que pronto le hables al Ministro, así me será más fácil conseguir el empleo en Salud Pública.

—Muy bien, Baldomir todavía no gobierna y ya piden puestos públicos —dijo el Oficial Eduardo—. Bien, veo que me están mirando, como a la espera de que les cuente como fue la intentona subversiva. Es lógico que quieran saber lo que pasó la otra noche; los diarios han sido muy parcos en sus infor-

maciones. Lo principal ocurrió en el cuartel, adonde fue el Coronel Aquila en busca de apoyo de tropas —agregó e hizo una pausa para convidarnos con finos cigarrillos estadounidenses—. Debo recordarles que nuestro Ejército fue, más bien, ajeno a los sucesos del 31 de marzo. En 1933, la acción de las fuerzas policiales resultó fundamental. El Ejército, la Aviación, la Marina, se quedaron indiferentes, sin jugarse; en fin, más o menos como la mayoría de la población, ya harta de gobierno Colegiado...

—El Colegiado tiene virtudes... —le interrumpió Elsa—. Además, siempre debe respetarse la legalidad, las Instituciones... Entonces, si no hubiera existido el personalismo de un Presidente...

—No te alteres, Elsa. Tampoco tu Nelly —les dijo Sofía— Eduardo, limítate a contar sucesos sin predicar ideas; no vayamos, desde ya, a malograr las perspectivas, por cierto y por suerte adelantadas, de un gran entendimiento democrático y patriótico.

—Ustedes se acordarán tan bien como yo, —dijo el Oficial Eduardo— de que, exceptuando a Brum y algunos decididos y valientes compañeros suyos... ¿quién iba a enfrentarse con las Fuerzas Armadas? Terra tenía, además del total apoyo de la Policía, el de algunos Jefes del Ejército. Eso sí, a éstos les habría dado bastante trabajo mover para cualquier lado, a sus tranquilas tropas. Además, trascendió que el golpe de marzo contaba con un apoyo muy importante, el de la gente más rica.

—Sí, se sabe —dijo Sofía—. Ganaderos y fuertes comerciantes importadores.

—Eso es decisivo, la contemplación de los grandes intereses, para que una alteración del orden institucional no fracase —dije—. La gente oye ruido de armas, entonces habla mucho de sables y cuarteles; pero no ve las conveniencias que hay detrás. Esas conveniencias particulares que algunos ya llaman, como por costumbre, interés del país.

—También es sabido —prosiguió diciendo el Oficial Eduardo— que para asegurar el éxito de su revolución, Terra dio el mando de las fuerzas policiales a Baldomir. Así, algunos militares de alto grado, no muy conformes con lo que se tramaba, iban a ser por lo menos indiferentes. Y fueron vigilados, cercados, los Jefes que eran considerados partidarios de lo que se pensaba derribar. Ese aislamiento, ese cerco, como ustedes saben, tuvo pleno éxito.

—Por eso, la desesperación y el suicidio de Brum —dijo Sofía—. ¡Qué lástima! Tan defensor, como era, de los derechos de la Mujer; tan humano, tan comprensivo de todos nuestros problemas...

—Baltasar Brum murió como un capitán que se hunde con su nave —dije.

—La nave era, en el caso, la legalidad democrática —dijo Nelly—. Por eso yo escribí, entonces, una sentida página...

—Una bella elegía en prosa... —corroboró Elsa.

—Pero, por otra parte, —continuó diciendo Nelly— en ese mismo régimen legal la gente del pueblo no vivía bien. Le pidieron al pueblo que se jugara la vida por defender las Instituciones, le hablaron de ideales democráticos; pero, poco antes, aquellos mismos dirigentes políticos hablaron de aceptar, le di-

jeron a la gente humilde que aceptara la congelación o la rebaja de los sueldos, de las jubilaciones. Respetaban las fabulosas ganancias del rico capitalista y pedían sacrificios a los desposeídos. Pero, como de alguna manera, el régimen legal trababa en algo crecientes aspiraciones de grandes ganancias, los especuladores, explotadores y ambiciosos de hacer fortuna rápida, prefirieron la ilegalidad de una dictadura para una mayor libertad en sus negociados. Del banquete continuo que para algunos fueron esos negocios, los negociantes se llevaron los mejores, más abundantes platos y el país, al que tanto invocaban, recogió apenas unas sobras...

—No sueles hablar mucho, Nelly, pero tus palabras, tus ideas, te darán en el futuro el derecho a un liderato —dijo Elsa—. Tienes razón. En aquel período de la legalidad también se hacían grandes negociados y el pueblo vivía en la pobreza y una parte hasta en la miseria, condenado al hambre o a aceptar las humillaciones de la servidumbre para vivir. Y trascendió que alrededor de grandes figuras de la política, se alimentaron y prosperaron los grandes coimeros.

—¡Como para que se jugaran junto a Brum, algunos de esos! —exclamó Sofía.

—Eso explica, en parte, aquella cierta indecisión, aquella indiferencia el día que cayeron las Instituciones —dije.

—Ahora que Baldomir es la esperanza de todos, —dijo Sofía— mismo de algunos que por error apoyamos el golpe de Estado del 31 de marzo, mismo de los que lo combatieron demasiado, sin considerar que

la presencia del general significaba una futura rectificación de rumbos para aquel mismo golpe; ahora, algunos allegados al principal golpista, el Sr. Presidente saliente, no quieren "dar el brazo a torcer" ante el pronunciamiento de las urnas. El principal de esos tercos es el Coronel Aquila.

—Sí, por eso anduvo buscando un apoyo entre los militares para anular las elecciones. Pero su intento subversivo, como saben, fracasó.

—Bien, Eduardo, ahora habla tu. Cuéntanos todo —dijo Sofía.

II

"—Cada día me llegan más informaciones de que mi victoria en las urnas es mal vista en las alturas oficiales —nos dijo aquella noche Baldomir en una reunión en un salón reservado del Club Militar—. El que se mueve contra mí, casi puede decirse que de frente, es el Coronel Aquila. Pero... ¿se atrevería ese coronel a dar ciertos pasos, si no pensara en el respaldo de alguien muy fuerte en el Palacio de Gobierno?

"—No habrá siquiera una intentona; esté tranquilo, general, que al Sr. Presidente no faltará quien le aconseje no apoyar aventuras locas —dije.

"—Tal vez, pero no dejemos de estar alerta, que a veces una intriga de Palacio puede dar un triunfo por sorpresa, a lo que menos se esperaba —me respondió el general.

"—No dejaremos de estar en guardia, claro está, general. Eso no impide señalar la atmósfera de fracaso que envuelve, en la actualidad, a cualquier intento subversivo.

"Los demás militares, unos recostados en los sillones, otros de codos sobre la gran mesa rectangular e inclinados hacia adelante, oían y fumaban como con displicencia.

"—Los defensores entusiastas del 31 de marzo, no tienen influencias hoy —dije.

"—Pero el primer mandatario puede querer el continuismo —dijo el general—. Podría dejar todo como está, respetar el resultado de las urnas y tratar de dominarme cuando yo esté al frente del gobierno. Pero... ¡como sabe que eso es tan difícil! ¿Por qué no impide ahora, que se difunda la voz en la Policía y en el Ejército, de que mi gran victoria en las elecciones se debe a los votos de los sistemáticos opositores al 31 de marzo y que, en eso, poco o nada tiene que ver mi personalidad?

"—Vuestra actuación en el gobierno, general, dejará en el olvido a toda esa gente —le dije.

"—Dios lo oiga, compañero Oficial. Pero mi gobierno no será fácil. Habrá honestidad, sí; pero, de ahí a que yo pueda salvaguardar los supremos intereses de la República, entre los muchos compromisos, entre la infinidad de pedidos y los asedios interesados; por una parte, de los que apoyan al Sr. Presidente saliente y, por otra, las apresuradas ambiciones de ocupar la Presidencia de más de un opositor al 31 de marzo. En esta hora tan grave, tan difícil, estimados camaradas, yo no envidiaría a nadie lo que me espera.

"—Tiene usted la evidencia, general, —dijo el Jefe de nuestro regimiento— de que nosotros siempre lo vamos a apoyar. Ese golpe que perpetró el Coronel Aquila, será la primera gran prueba.

"—Estoy seguro de la lealtad de las Fuerzas Armadas.

"—Sobre todo, mi general, si consideramos que, al ver divididas las tendencias y las opiniones en el Ejército, los Altos Mandos evitarán, ante todo, un derramamiento de sangre —dije.

"—¿Así que no es tanto por lealtad, que defenderán mis derechos...? —preguntó el general—. Es mejor reconocerlo, ver las cosas fríamente, sin que nos hagamos muchas ilusiones. No quieren jugarse, no quieren pelear. Pero... ¡cuidado con las intrigas de Palacio! Y, sobre todo, mucho cuidado con el soborno por las grandes promesas de los ascensos y prebendas.

"—Trascendió que el Coronel Aquila trata de "madrugar" —dijo el Jefe de nuestro regimiento.

"—Ese hombre sueña, un rudo golpe lo va a despertar —dijo un capitán.

"—Mejor despertaría acá, entre nosotros, se encandilaría al mirar esa fuerte luz del gran foco eléctrico de la araña —dijo el Jefe de nuestro regimiento—. Pero, estén seguros, lo encandila y marea, todavía mucho más, su ambición.

"—Para despertar del todo, necesitaría un balde de agua fría en la cabeza —dije.

"Reímos y, apenas cesaron las risas, dijo el General Baldomir:

"—Esos ilusos pretenden asustarnos, esperando que apoyemos la política del Sr. Presidente saliente, en vez de afirmar la nuestra, propia.

"—Pierda usted cuidado, general —le dije—. A todos esos, a los que siguen con la idea de que el Dr. Terra siga manejando el gobierno, los espera, además de la derrota, "la morte civile".

"—"La morte civile"... Inolvidable encarnación teatral, aquella de Zacconi —dijo el general—. Pero, ahora, dejémonos de los recuerdos de buen teatro; volvamos a la realidad. A algunos, poco les puede importar el futuro más sombrío, mientras conserven hoy el poder o, por lo menos, sus influencias en el Palacio de Gobierno.

"—A eso, a salvar lo que se pueda, tiende ahora la política del Sr. Presidente saliente, al no hacer arrestar al Coronel Aquila —dijo el Jefe de nuestro regimiento.

"Más que de cualquier otro que hablara, todos estábamos pendientes de los gestos, de todas las expresiones del General Baldomir; de su aprobación o de su desaprobación, al escucharnos. Era una demostración más de nuestra lealtad. ¿Qué mejor que ajustar nuestras actitudes a los puntos de vista de aquel líder honesto, entre tantos políticos bandidos? El general es, además, un hombre culto, que estudió además de su carrera militar, Arquitectura; ya verán como va a gobernar bien, contemplando los intereses nacionales, pacificando los espíritus, no permitiendo que la vida se encarezca. Así anulará toda oposición, al quitarle a la misma, fundamentos. Se dice que hasta su misma estampa varonil, su sobria elegancia, hizo que casi todas las mujeres lo votaran. Miro las caras y noto que eso es verdad, por más que algunas, nuestras grandes amigas Nelly y Elsa, por ejemplo,

hayan proclamado la abstención electoral, siguiendo el mandato de los dirigentes de su partido.

"—¡Oigan! ¡Ruido de aviones! —exclamó de pronto un coronel.

"—Las Fuerzas Aéreas están conmigo —afirmó tranquilamente el general.

"—Sí, esos aviones vigilan cualquier sospechoso movimiento de las tropas o de la Policía, para darles un golpe decisivo —dijo el Jefe de nuestro regimiento.

"—Además, el pueblo nos rodearía para defendernos —dijo el general—. La mayoría de la prensa nos apoya. Nunca se vio una propaganda tan unánime en pro de una candidatura presidencial. Y, sabido es, la prensa es "el cuarto poder".

"—¿Contamos también con el apoyo del Interior, de los departamentos? —pregunté.

"—¡Ah! Por esos lados, es muy fuerte el Dr. Herrera, uno de mis enemigos políticos declarados. Ese caudillo, "El Abogado Antiimperialista" y "El Abogado Opositor Parlamentario", son los tres dirigentes políticos que, contra la corriente, a pesar de la gran propaganda nacional en favor de mi candidatura a la Presidencia, se atreven a hacerme la guerra de frente. Así y todo, yo los prefiero, no los desprecio como a las víboras traicioneras que hace algún tiempo anidan en el Palacio de Gobierno. O como a esa águila, ese tipo con perfil de águila en todo sentido, que es el Coronel Aquila.

"—El campo sigue en gran atraso, con un latifundio y una miseria tremendas. Los estancieros fuertes

siempre mandan como señores feudales —dije—. La tierra que les sobra no la trabajan ni en su provecho. ¿Para qué? ¡Ganan tanto con la venta de sus animales! ¡Qué bien estuvo aquel político que dijo, "animales de arriba, animales de abajo"! La tierra no está repartida ni bien trabajada, como en cualquier país adelantado de Europa.

"El General Baldomir me miró pensativo, alisó su fino bigote gris y nos convidó con cigarrillos —Ese problema siempre fue difícil en nuestra tierra —dijo—. Pero, le encontraremos soluciones.

"—Cada vez más aviones, más aviones vigilantes —dijo mirando hacia arriba y como atento al ruido de los motores de los aparatos, el Jefe de nuestro regimiento.

"—Se dice que mi reciente victoria en las urnas se debe a los diarios de la oposición al golpe de Estado que resultó malo —dijo el general—. Tengamos siempre eso muy en cuenta, la prensa es "el cuarto poder".

"—Yo no creo tanto en la importancia de esa campaña de los diarios de la oposición —dijo un capitán.

"—Yo tampoco creo —dijo un coronel—. No caigamos en la ingenuidad de entregar nuestro joven movimiento, nuestra sana fuerza política, a directivas de viejos politiqueros.

"—Tengámoslos en cuenta, sí, pero manteniéndolos siempre a cierta distancia —agregó un teniente—. Que todos esos doctores, no se hagan ilusiones de volver al poder a costa nuestra. No olvidemos, estimado general, que ellos no le pidieron al pueblo que

lo votara a usted; proclamaron la abstención electoral, dijeron que desconfiaban de las garantías existentes. Los únicos buenos amigos que tenemos, que no nos van a traicionar, son los partidarios del Dr. Pedro Manini Ríos.

"—No es necesario que me recuerden lo que "a la vista está", como diría 'El Abogado Periodista" —contestó el general—. Pierdan cuidado, que a todos contemplaré, si es necesario; pero siempre, siempre mandaré yo.

"—Y para servir a la República y no para servirse de ella, como lo proclamó muy bien en su campaña electoral —dijo el Jefe de nuestro regimiento.

"—Muy bien, mi general, por aquellas palabras; mejor dicho, aquel gran pensamiento —dijo el teniente—. Pero tengamos cuidado... ¡mucho cuidado con los políticos profesionales!

"—Yo nunca dejo de pensar, y menos ahora que fui electo para la Presidencia, que, no olvidando que yo era el Jefe de Policía cuando el Dr. Terra dio el golpe de Estado que resultó malo, los políticos de la oposición a ese golpe me pueden hacer, finalmente, una zancadilla. En fin, servirse de mí para acomodos y conveniencias, y después...

"—Perdone, si sigo insistiendo con observaciones, mi general —dijo el teniente—. Pero usted mismo dijo, antes de que estuviéramos aquí reunidos, que nos veíamos para, olvidando las jerarquías por el momento, hablar con entera franqueza, como camaradas.

"—Pero ahora, principalmente preocupa la zancadilla o, mejor dicho, el vuelo, las garras y el picotazo

traidor del águila que está hoy al frente de la conspiración —dijo el general.

"—Como usted bien dijo, mi general, hasta por su pinta, su perfil, se parece ese tipo a las águilas —dijo el Jefe de nuestro regimiento.

"—A una rastrera víbora, también —agregó el capitán—. Hay rumores de que prepara un atentado, hasta eso.

"—Previendo eso... ¿por qué no nos adelantamos y le damos el golpe de gracia, sangriento, decisivo, tranquilizador? —preguntó el teniente—. Se me ocurre que el que sea mejor espadachín o el que tenga más puntería entre nosotros, puede provocarlo en incidente. Estén seguros, camaradas, que el tipo reta a duelo. El, siempre tan amigo de insultar y mandar los padrinos...

"—Recuerdo su insolencia contra "El Abogado Antiimperialista", que provocó la consiguiente protesta en la Cámara de "El Abogado Opositor Parlamentario" —dijo Baldomir—. Mi opinión ahora es que dejemos accionar al Coronel Aquila, que veamos hasta dónde llega. Es lo que ahora conviene, sobre todo para estudiar las reacciones del Sr. Presidente saliente. De como éste actúe, dependerá en mucho, mi política futura. Aunque el Dr. Terra no se incline decididamente por el Coronel Aquila, si yo lo noto indeciso, vacilante, permitiendo que los sucesos contra mis derechos se precipiten como al azar, para después él apoyar al ganador de la partida; entonces yo, poco a poco, barreré la basura que ensucia la Casa de Gobierno y me entenderé con el Dr. Manini Ríos y los opositores al 31 de marzo. ¡Ah! ¿Se fijaron, ustedes? En el diario que dirigen "El Abogado Renacentista" y "El Abogado Siglodieciochesco", aparecieron brillantes artículos sobre mi victoria en las elecciones.

"—En ese, y también en otros diarios, grandes plumas del Periodismo nacional hacen resaltar lo excepcional que es ver imponerse en la política criolla a un hombre honesto —dijo el teniente—. Eso no quiere decir que no sea un hombre honrado también vuestro adversario, el Dr. Blanco Acevedo, pero las malas compañías...

"—Es que, lamentablemente, aquel refrán de que una "manzana podrida puede perder a las que le hacen compañía", es muy aplicable en la política —dijo el general—. Y no conviene que yo me olvide de eso, porque muy pronto, en la Presidencia, voy a moverme entre políticos. Unos a mi lado, otros cerca, otros tratando de acercarse. Por lo que yo estoy resuelto a destruir, de raíz, al mismo manzano que pueda dar la mala fruta.

"—Interpreté sus palabras como una alusión a la gente allegada al gobernante autor del golpe de marzo. Era evidente, la comprobación de que crecía la conspiración del "águila al frente de los motineros", sin que el Sr. Presidente saliente hiciera algo por desbaratarla, exasperaba al General Baldomir. ¿Cómo, por qué el primer mandatario no iniciaba un sumario contra el Coronel Aquila? Hacía tiempo que nuestro general advertía una creciente hostilidad hacia su persona en las altas esferas oficiales; pero que, una vez comprobada su victoria en las urnas,

no se resignaran a la derrota y se dejara accionar a los gestores de la subversión... Eso ya resultaba intolerable, era el desborde del vaso.

II

"Interrumpió mis reflexiones la entrada del mozo de servicio, que anunció que la cena estaba servida. Habíamos preparado, en nuestro regimiento, un banquete íntimo en celebración de las elecciones. El General-Arquitecto aceptó complacido; él mismo gusta de repetir que en su vida tiene dos grandes entretenimientos, dos aficiones favoritas entre sus grandes proyectos y serias actividades: El cine y la buena mesa. Por eso, se le ve en los cines con frecuencia y en los banquetes, también. Y aclaro que nunca fue un glotón, es un "gourmet" de buen gusto.

"Aquella noche todos nosotros, indiferentes al ruido de los aviones que pasaban volando muy cerca, como despreocupándonos en algo de las posibles horas graves que anunciaban los rumores, pasamos al bien iluminado comedor del Club Militar. Baldomir ocupó la cabecera de la mesa, sereno, impasible. Ya en el primer plato sonrió con discresión, como comprobando con deleite que la cocinera del club había iniciado bien su menú favorito.

"—Si tenemos que pelear, por supuesto que estaré al frente de ustedes —dijo.

"—¿Se sabe qué opinan del posible golpe de Estado en las embajadas de las grandes potencias? —preguntó el teniente.

"—Dicen que son indiferentes —contestó el general—. Parece que les importa poco que yo llegue o no llegue al poder. Aunque, saben que para sus grandes intereses, el continuismo es más seguro. Terra nunca los molestó en sus intereses, tienen esa experiencia. En cambio, no saben si yo...

"—¿Así que, usted intentará alguna nacionalización en su gobierno, general? —preguntó el teniente.

"—Aunque no las intente yo, si no encuentro todavía el terreno propicio, las pueden intentar los batllistas si tienen acceso al gobierno en las próximas elecciones, lo que es muy probable.

"—Pero, no podemos ver con buenos ojos un encumbramiento del Batllismo —dijo el teniente—. Si sucede eso, nosotros, nuestro sector... ¿adónde iremos a parar?

"—En último caso, haremos un pacto —respondió el general—. Las dudosas actitudes del Sr. Presidente saliente, ante los graves rumores circulantes, me inclinan hacia ese acuerdo. Será una coincidencia, para bien del país.

"—Pero... ¿no ganará nuestro sector las elecciones próximas, venciendo a todos los partidos? —preguntó el Jefe de nuestro regimiento—. ¡Barriendo del mapa a los conspiradores de hoy y obligando a pactar con nosotros, pero ellos siempre en inferioridad de condiciones, a los batllistas?

"—"A la vista está", que eso sería lo mejor —contestó pensativo Baldomir—. Pero, teniendo también a la vista la personalidad y obra histórica de Batlle, su partido que acciona y se reorganiza, aunque haya proclamado recientemente la abstención electoral, tenemos que preveer un acuerdo, no en inferioridad de condiciones para nosotros, pero sí en igualdad de condiciones.

"—Esa es una política realista —dije—. Pero ahora, ante todo debemos estar en guardia —agregué mirando hacia arriba, como atento al insistente ruido de aviones.

"—Pero... ¿quién es que le "da alas" al Coronel Aquila? —preguntó el teniente—. El que todavía está en el poder y no lo hace arrestar.

"La conversación, los cambios de ideas, se desarrollaban animadamente. Eso sí, con las lógicas y frecuentes interrupciones que causaba saborear los "canelones a la rossini", el pollo al "spiedo", sazonados por copas y copas de buen vino. Por eso, en el rostro de nuestro general, se alternaban las expresiones serias, reflexivas, con las de complacencia. El mismo general nos pidió que, a pesar de la gravedad de la hora, no suspendiésemos el banquete. No lo guiaba la gula; era la idea, muy sensata, de que la tranquilidad frente al peligro, ayuda a afrontarlo mejor. Siempre agradó al general aquel pensamiento de Federico Nietzsche, de que "El hombre verdadero quiere dos cosas, el peligro y el juego..." suprimiéndole el final, que dice: "...Es por eso que quiere la mujer, que es el juguete más peligroso". Enemigo de casi todas las ideas de Nietzsche, el general consi-

dera ese final antifeminista, que inferioriza a las mujeres en vez de elevarlas al sitial que les corresponde en los tiempos de progreso, como señaló Goethe, la conclusión propia de un bárbaro o un loco. Pero algunos aforismos del genial y desequilibrado Nietzsche, no dejan de agradar a Baldomir.

Estaba finalizando la comida, cuando una opinión del general confirmó mis conclusiones. —Nietzsche fue, principalmente, un literato de valía, un intelectual de gran estilo, que escribió alguna que otra verdad filosófica. Pero debemos rechazarlo, en casi todas sus afirmaciones, por su dureza, por sus ataques a la convivencia y fraternidad humanas; sobre todo, por su falsa y desdeñosa apreciación de las mujeres. Eso sí, en algunas circunstancias, sobre todo en el peligro y en la lucha, me acuerdo del pensador alemán."

"Todos escuchábamos atentamente, a pesar de las preocupaciones creadas por la inminencia del intento subversivo. Así hasta el final del café y el cognac, con los mutuos ofrecimientos de cigarros habanos. Cuando nos levantamos de la mesa, nuestros pensamientos, nuestras actitudes, se volvieron cada vez más reconcentrados y graves. Veíamos que íbamos a afrontar, de un momento a otro, la intentona contra nuestro líder.

"El general nos tranquilizó. —No se inquieten, camaradas. No dejemos de ir, adonde teníamos pensado ir, cada uno de nosotros o los grupos que formamos. Mismo, a alguna diversión o a nuestras casas. Eso sí, hay que dar el número del teléfono del sitio adonde vamos.

III

"De aquel banquete en el Club Militar, el que habla y un grupo de camaradas de armas, pasamos a la casa de nuestra gran amiga Sofía, adonde, con el placer de siempre, nos volvemos a reunir esta tarde. Como saben, estábamos en esta casa en lo mejor de la fiesta, cuando nos llamó por teléfono nuestro agente secreto. Dijo que un regimiento se aprestaba a apoyar a las fuerzas policiales, para exigir la renuncia del general a sus derechos a ejercer la Presidencia de la República. Como ya habíamos convenido, los oficiales que estábamos aquí nos dirigimos el Club Militar. Nuestros coches más y más rápidos, veíamos pasar en dirección contraria, ruidosas motocicletas policiales. Al verlas, los ocupantes del vehículo que yo conducía, se miraban como diciendo al unísono: Los enemigos. El ruido del ir y venir de aviones, parecía traducir la afirmación tranquilizadora de Baldomir de que las Fuerzas Aéreas estaban de nuestro lado. ¿Y el Ejército? En los cuarteles. Sólo teníamos noticias del que se disponía a apoyar al Coronel Aquila. Era el mismo batallón al que, con Baldomir

al frente, íbamos a dominar. Los otros comandos esperaban, yo creo, órdenes del Sr. Presidente saliente, Dr. Terra. La actitud de éste ante el conato subversivo seguía siendo un enigma, hasta daba la impresión de haber desaparecido.

"¿Y qué pensaba, qué hacía el pueblo, el hombre de la calle, en aquellos momentos cruciales? En nuestro trayecto por las playas, desde el automóvil veíamos que andaban por la rambla algunas parejas, más o menos dedicadas a las atenciones amorosas; y más espaciadamente, individuos o grupos de personas también ajenos a nuestros afanes, que a veces se daban vuelta para mirar los coches militares con el solo interés de una vulgar curiosidad. Cuando llegamos a Puerto Buceo, al doblar por una bocacalle advertimos, en esta o en aquella esquina, en la terraza de algún café, que despertábamos alguna atención curiosa, pero no la decisión de interesarse o jugarse por nuestra causa. Más o menos, parecida gente indiferente a la que el Dr. Baltasar Brum esperó en vano para formar una legión de ciudadanos y luchar contra los esbirros del "golpe de Estado malo".

"Aquella noche el General Baldomir y otros camaradas de armas nos esperaban en el mismo salón del Club Militar, adonde habíamos estado charlando y fumando horas antes esperando pasar al banquete. Estaban todos de pie, en actitud decidida y grave, como listos para dirigirse rápidamente hacia donde las circunstancias lo exigieran.

"—Yo iré adelante con ustedes, camaradas —dijo Baldomir—. Vamos nosotros, los que más confianza

me merecen, todos los que aquí estamos; por ahora, no necesitamos más gente. Si algún batallón del enemigo llega a salir a la calle, nuestros fieles aviadores lo desbandarán. Yo entraré al cuartel de la revuelta junto a ustedes y les hablaré a los soldados. Si como se dice, el Coronel Aquila está de parte de ellos, mejor. Lo voy a desautorizar delante de todos y, entonces, verán ustedes como no sucede nada. Después, iré a hablar con Terra. Vengan, síganme.

"Llegamos al cuartel y, apenas descendimos de los automóviles, los soldados que estaban de guardia nos salieron al paso. Hicieron el saludo militar de rigor al general. Un capitán se le acercó y se inclinó ante él, entre zalamero y desconfiado. Baldomir lo miró con desprecio, con expresiones de soberbio desdén.

"—¿Quiere usted algo, alguna información, general? —preguntó el capitán.

"—Síganme, entremos —nos dijo Baldomir, no dando importancia a aquella pregunta.

"Los peones del cuartel que rodeaban una mesa del patio, bebiendo vino y jugando a las cartas, no interrumpieron el truco al vernos. Pasamos rápidos por varias piezas y, en el otro patio, una formación de soldados se alineaba a las órdenes de un coronel. La figura del coronel, de estatura mediana, se hacía notar; aparecía como encorvándose bajo la capa militar, un perfil de águila. Lo reconocimos en seguida, era el Coronel Aquila.

"El General Baldomir se le acercó; erguido, despectivo, altanero, lo miró de frente. El Coronel Aquila, sin inmutarse, se inclinó como por obligación.

"—"Lo cortés no quita lo valiente", se dirá usted, coronel, —le dijo Baldomir—. Y como usted pensaba luchar contra mí, me saluda ahora con una reverencia, como para confirmar ese dicho. Yo diría en el caso, más bien, que la educación no evita la hipocresía.

"—¿Quiere usted ofenderme, general, para llevarme al terreno del honor? Es que, en este caso...

"—Esté tranquilo, coronel; yo sólo me bato en duelo con los caballeros.

"—Usted llegó alterado. Y se excede al hablar. Me voy a quejar al Presidente.

"—Yo también me voy a quejar. De los dos. De él y de usted. Y si es necesario, como a usted ahora, le diré a él, de frente, lo que deba decirle.

"—¿Y si yo hubiera venido a este lugar, precisamente para "calmar el río revuelto"?

"Entonces, el general apartó su mirada del Coronel Aquila, la dirigió hacia los soldados y les preguntó:

"—¿Qué pasa, soldados? ¿Es verdad que no quieren mi mando como Jefe Civil de todos, como Presidente de la República? Me enteré de que hay una conspiración. ¿Por qué? ¿Qué quieren? Aunque hablo con tono severo, no me dirijo principalmente a ustedes, mis leales soldados; pienso en el principal responsable.

"—¡Baldomir! ¡Baldomir! ¡Viva el general Baldomir! —exclamaron varios oficiales que acompañaban al Coronel Aquila.

"—La responsabilidad, en este caso, es un enigma que oscila entre dos hombres, el Coronel Aquila y

el Sr. Presidente saliente, —dijo Baldomir—. Sepan que no los temo, que no le tengo miedo a ninguno de los dos. Y sepan también que, en el futuro, a su debido tiempo, yo me sabré cobrar, ampliamente, esta mala jugada.

"—No caiga usted en la trampa, que esas son intrigas de los opositores —dijo el Coronel Aquila—. ¿Será tan ingenuo como para creer que ellos son sus amigos, general? Piense usted un poco. ¿Pueden ser sus amigos esos que ahora, como lo ven encumbrarse, lo adulan? ¿Así que, según usted, son amigos suyos "El Abogado Renacentista", "El Abogado Sigliodieciochesco" y Cía.... ¡Cuántos, pero cuántos doctores!

"—No he venido para entablar un diálogo teatral con usted, coronel.

"—El Sr. Presidente me confió sus preocupaciones. Teme que las intrigas y las adulaciones de tantos doctores hábiles para argumentar, terminen por envolverlo. Eso es todo.

"—Pues, dígale que no se preocupe, que de cualquiera me se defender.

"Era evidente que la sola presencia, la prestancia de nuestro general se imponía a todos, los desarmaba moralmente. Así y todo, nosotros no separábamos la mano del revólver, por si el Coronel Aquila intentaba dar un golpe de audacia, haciéndonos cercar por los soldados.

"En eso, un sargento se apartó del grupo de oficiales que acompañaban al Coronel Aquila y se acercó a Baldomir. —Es verdad, se conspira, mi general —dijo—. Eso sí, nadie quiere decir las cosas con cla-

ridad. Nos dijeron que usted iba a renunciar, para evitar que se envalentone la oposición al 31 de marzo, y que usted iba así a ayudar al Sr. Presidente, a dar un golpe de gracia a todos esos doctores de la oposición; y en fin, que los movimientos policiales que parecían que iban a ser dirigidos contra usted, eran para protegerlo de los enredos de los opositores al "golpe de Estado salvador".

"—No es necesario más —dijo Baldomir—. Vamos al Palacio de Gobierno. Y ahora mismo.

"—Entonces, apúrense, que, en una de esas, el Sr. Presidente se va a dormir —dijo el Coronel Aquila—. Lo preocupa tanto la rara conspiración de que habló ese sargento...

"—Pierda cuidado, que el Sr. Presidente saliente está despierto, muy despierto —dijo el general—. Y es por eso, porque anda siempre despierto, que no lo apoyó decididamente, que lo dejó jugarse solo con su golpecito, hasta ver como rodaban los acontecimientos. No creyó mucho en vuestro éxito.

"—Y usted cree en muchas, en demasiadas cosas, general.

"—¿Va a negar usted lo de la conspiración, después de lo que dijo el sargento?

"—Lo que pasa, es que ahora todos los aduladores quieren quedar bien con el ganador de las elecciones.

"—Mi gran victoria en las urnas fue otra gran sorpresa. Tan grande o mayor que la de esta noche. ¿No es así, coronel?

"—A lo que llama usted dos sorpresas, yo llamo dos intrigas. Una, la primera, esa sorpresa de tantos

votos a su favor con unas cifras que, acuérdese bien de lo que le digo, nunca se repetirán. La otra, esa que ahora tanto lo inquieta, la de la conspiración. Los políticos de la oposición se servirán de usted; después, cuando lo crean conveniente, le harán una zancadilla. Y bien, terminemos esta conversación. No nos hablemos, hasta que pasen cinco años. Entonces, ya se verán los frutos de estas elecciones, que usted ganó gracias a los votos de miles de resentidos opositores al "golpe de Estado salvador", de 1933.

"—Bien, mejor es que no nos hablemos más, nunca más, coronel. ¿Así que espera verme derrotado en mi vida política, sin amigos ni apoyos importantes, apenas haya pasado mi período presidencial? Sepa que no necesito que me cuiden. Bien, camaradas —agregó el general dirigiéndose a nosotros—. Ahora, vamos a la Casa de Gobierno.

Cuando salimos a la calle, intensificábase el ruido de los aviones que volaban cerca, como vigilando dominantes desde las alturas el cuartel de la conspiración.

IV

"El General Baldomir anunció al Sr. Presidente saliente telefónicamente su visita. El Jefe de nuestro regimiento y yo acompañábamos al general. El Dr. Terra nos esperaba en la sala de su residencia. Al entrar, me distraje por unos instantes en la contemplación de los cuadros representativos de próceres patrios y políticos que colgaban de las paredes, en el artístico estilo de los muebles de madera finísima, en el vistoso cortinado de las ventanas, en la lujosa araña de potentes focos eléctricos. Terra nos miró pensativo, en seguida risueño; y fijó, con aire inquisidor, sus ojos en los de nuestro líder.

"—Venimos a verlo por lo que usted ya sabe —le dijo el general.

"El Dr. Terra se movió un poco hacia atrás en su sillón, miró de reojo a Baldomir, entrecerró los ojos y se llevó un índice al rostro, como en actitud de pensativa curiosidad. —En verdad, que no me explico bien tan grata visita a estas horas de la noche —dijo—. Seguro que ustedes, ya que han venido, ya que

tengo el placer de verlos, aceptarán... —agregó e hizo sonar el timbre que había detrás suyo, en la pared—. Bien. Animaremos la reunión, tomando café. Por algo, a pesar de alguna que otra diferencia, todos pertenecemos al mismo partido.'

"El General Baldomir lo seguía mirando con fijeza, imperturbable en su seriedad. —Hubieron acuartelamientos de tropas... ¡y cuántos rumores en estos días! —dijo.

"—Tengo que proteger a la ciudad, hay riesgos de un levantamiento comunista.

"—¿Qué dijo, doctor? ¿Que en 1938 hay tantos comunistas, tienen tanto poder como para intentar algo, aquí? —preguntó sarcástico en su tono el general—. ¿A mí, con esas cosas...? ¿A mí, me habla usted así...?

"—Pues, yo tengo un buen legajo de pruebas de la conspiración que le dije. Algún día, en el futuro, le mostraré esas pruebas.

" —¿Cuándo? Si no las hay.

'El Dr. Terra iba a contestar, pero apretó sus labios al advertir que entraba un mucamo. —Traiga café con moka para mí y estos señores —díjole.

"—Según dice el Coronel Aquila, me quieren proteger de las intrigas de los opositores al golpe del 31 de marzo. Ahora, usted manifiesta que contra los comunistas.

"—Yo tengo informes muy serios de la preparación de una revolución, como aquella que hubo en Brasil hace poco. Todos ustedes se acordarán, supongo. Eso sí, el Coronel Aquila, no miente al hablar de planes subversivos de la oposición. Se sabe, no es para que

el asunto nos extrañe, que la oposición sistemática a mi revolución pacífica busca el apoyo de los extremistas para conspirar.

"Entonces, el Jefe de nuestro regimiento hizo un ademán, como expresando deseos de intervenir en la conversación. —Señor Presidente, me voy a permitir una pregunta... —dijo— "El Político Contemplativo de la Restauración"... ese anticomunista tan notorio... ¿también interviene en la conspiración?

"El Presidente saliente hizo un gesto desdeñoso, con visible fastidio. —Pierdan cuidado, que de él, en el momento oportuno, los extremistas sabrán prescindir —dijo con tono de suficiencia.

"—Yo sigo como al principio, no comprendo para que intranquilizan el ambiente con movimientos y acuartelamientos de tropas, —dijo Baldomir—. Gané las elecciones con popularidad, el pueblo festejó en la calle.

"—Lo se, lo se, general —contestó irónico el Dr. Terra—. Hasta las bocinas de muchos automóviles sonaron haciendo ritmo con vuestro ilustre apellido. Así su triunfo resultó, hasta cierto punto, musical.

"—Sí, y esa música molestó a más de uno, se dice.

"Reimos festejando la respuesta de nuestro líder, lo que visiblemente contrarió al Presidente saliente. —Ninguna musiquita de bocina, ni los partidarios vivando a un líder, pueden proteger a las Instituciones —dijo con afectado tono sentencioso—. Yo también me alegré por su victoria, general. Pero, eso no quiere decir que debamos descuidar la vigilancia, para proteger las Instituciones surgidas de mi revolución pacífica.

"—A mí me apoyan el Ejército, la Aviación, la Marina. Entonces... ¿para qué dar tantas prerrogativas al Coronel Aquila?

"—Todavía yo soy Presidente, mi estimado correligionario. Esté tranquilo, que yo se lo que hago; para bien del país, para mi bien y para el suyo. No nos envenenemos el ánimo con tantos rumores, con tantos malévolos "se dice".

"Hubo una pausa de silencio y mutuas miradas de receloso indagar, entre el Presidente saliente y el Presidente electo, en momentos que el mucamo entraba con los pocillos de café.

"—Me aprecia usted tanto, doctor, que le dio por cuidarme demasiado —dijo nuestro líder con un tono irónico hasta la mordacidad.

"Miramos de soslayo al Presidente saliente y sonreimos, en momentos que empezábamos a saborear el café.

"—Estimados correligionarios, acuérdense de que "El que ríe último, es el que ríe mejor" —murmuró el Presidente saliente.

"—Sin embargo, no me reí —dijo nuestro líder—. Sigo serio y, a pesar de eso... ¿soy o no soy el dominador de la situación? Eso sí, correligionario Presidente, si usted quiere, ahora empiezo a reir. Así damos la razón a aquel refrán.

"—Usted dominará, después de la transmisión del mando.

"—Nadie me lo quitará, porque las Fuerzas Armadas...

"—Nadie piensa ni pensó en quitárselo. Usted, aunque no es ni joven ni ingenuo, es un hombre influído,

pero muy influído por la malevolencia refinada de los chismes, de los "se dice...".

"—Ni joven ni viejo ni tampoco ingenuo. Por eso, vi con tanto desagrado los movimientos del Coronel Aquila. Usted lo sabe, se lo dije, ahora se lo repito; pero, no lo hace arrestar.

"—Ese Coronel Aquila, su correligionario, también mi correligionario, es una garantía contra la subversión que fomentan los extremistas, apoyados por dirigentes opositores a nuestro régimen de gobierno. Además, yo no quiero dar argumentos a todos esos pícaros de la oposición, para que escriban en su prensa que los que dimos el "golpe de Estado salvador", estamos más divididos cada día. Muy pronto, cuando usted ocupe la Presidencia, ya tendrá tiempo de nombrar su Jefe de Policía, el que mejor le parezca.

"—En último caso, buscaré entre las águilas de Villa Dolores. Puede ser que, como en las fábulas, un animal de esos se ponga a hablar; que no hablase, sería el único inconveniente para que no le dieran el cargo de coronel con mucho mando.

"Reímos festejando la ingeniosa respuesta. El Presidente saliente casi deja caer su pocillo de café, que en seguida nervioso colocó sobre la mesa ovalada y pequeña, tallada en madera finísima, que había cerca suyo. —Que la risa de ustedes no sea, no se parezca en su sentido a las burlonas de la noche de la victoria de nuestro correligionario el general. Es lo que yo deseo, para bien de todos. Les voy a decir la causa. Si la coincidencia en esas risas, es lo mismo que un anticipo de una coincidencia para gober-

"—A mí me apoyan el Ejército, la Aviación, la Marina. Entonces... ¿para qué dar tantas prerrogativas al Coronel Aquila?

"—Todavía yo soy Presidente, mi estimado correligionario. Esté tranquilo, que yo se lo que hago; para bien del país, para mi bien y para el suyo. No nos envenenemos el ánimo con tantos rumores, con tantos malévolos "se dice".

"Hubo una pausa de silencio y mutuas miradas de receloso indagar, entre el Presidente saliente y el Presidente electo, en momentos que el mucamo entraba con los pocillos de café.

"—Me aprecia usted tanto, doctor, que le dio por cuidarme demasiado —dijo nuestro líder con un tono irónico hasta la mordacidad.

"Miramos de soslayo al Presidente saliente y sonreimos, en momentos que empezábamos a saborear el café.

"—Estimados correligionarios, acuérdense de que "El que ríe último, es el que ríe mejor" —murmuró el Presidente saliente.

"—Sin embargo, no me reí —dijo nuestro líder—. Sigo serio y, a pesar de eso... ¿soy o no soy el dominador de la situación? Eso sí, correligionario Presidente, si usted quiere, ahora empiezo a reir. Así damos la razón a aquel refrán.

"—Usted dominará, después de la transmisión del mando.

"—Nadie me lo quitará, porque las Fuerzas Armadas...

"—Nadie piensa ni pensó en quitárselo. Usted, aunque no es ni joven ni ingenuo, es un hombre influído,

pero muy influído por la malevolencia refinada de los chismes, de los "se dice...".

"—Ni joven ni viejo ni tampoco ingenuo. Por eso, vi con tanto desagrado los movimientos del Coronel Aquila. Usted lo sabe, se lo dije, ahora se lo repito; pero, no lo hace arrestar.

"—Ese Coronel Aquila, su correligionario, también mi correligionario, es una garantía contra la subversión que fomentan los extremistas, apoyados por dirigentes opositores a nuestro régimen de gobierno. Además, yo no quiero dar argumentos a todos esos pícaros de la oposición, para que escriban en su prensa que los que dimos el "golpe de Estado salvador", estamos más divididos cada día. Muy pronto, cuando usted ocupe la Presidencia, ya tendrá tiempo de nombrar su Jefe de Policía, el que mejor le parezca.

"—En último caso, buscaré entre las águilas de Villa Dolores. Puede ser que, como en las fábulas, un animal de esos se ponga a hablar; que no hablase, sería el único inconveniente para que no le dieran el cargo de coronel con mucho mando.

"Reímos festejando la ingeniosa respuesta. El Presidente saliente casi deja caer su pocillo de café, que en seguida nervioso colocó sobre la mesa ovalada y pequeña, tallada en madera finísima, que había cerca suyo. —Que la risa de ustedes no sea, no se parezca en su sentido a las burlonas de la noche de la victoria de nuestro correligionario el general. Es lo que yo deseo, para bien de todos. Les voy a decir la causa. Si la coincidencia en esas risas, es lo mismo que un anticipo de una coincidencia para gober-

nar junto a los opositores a mi política, sepan que, primero yo y todos mis más leales colaboradores y, no mucho después, también ustedes, iremos todos políticamente al diablo. Yo tengo experiencia; créanme, que les aconsejo lo mejor. ¿Qué le parece, general, si mañana mismo llamo al Dr. Blanco Acevedo, también correligionario y rival suyo en las elecciones, pero unidos todos en última instancia por mi Ley de Lemas, y hablamos juntos de la política futura?

"—No me interesa. Lo único que le pido, es que se inicie un sumario contra Aquila.

"—Ya le dije, eso no es posible, por el momento.

"—No insistiré, ya que es inútil, pero no estoy de acuerdo con su actitud.

"—Bien. ¿Y ahora, qué va a hacer? ¿Se dirigirá a los que visten como usted, uniforme...?

"—Se ve que ya entendió. Las Fuerzas Armadas me responden.

"—Será porque yo no tengo uniforme. Me siento muy cómodo con mi ropa de civil.

"—Y de traje civil vestiré yo siempre, durante mi Presidencia.

"—Sí, ese alto cargo que tendrá porque yo le di oportunidades. Se acordará, supongo. Primero, su nombramiento como Jefe de Policía para ejecutar el "golpe de Estado salvador". Después, su candidatura presidencial.

"—Eso, porque vio que yo le era necesario. Primero, para que impusiera el orden sin excesos de violencia. Después, porque vio la conveniencia de que el oficialismo radical se enfrentase con una tendencia opositora dentro de nuestro mismo partido.

Pensaba así anular a la oposición al 31 de marzo.

"—Me extraña que no lo llame "golpe de Estado malo", como escriben en el diario de "El Abogado Periodista". Créame, estimado correligionario, a usted le falta completar su formación. ¡Ah! Y no imagine jerarcas policiales villanos. ¿Es que vio, últimamente, la ópera "Tosca"?

"—Antes de despedirnos, correligionario Presidente. Vea al Coronel Aquila, llámelo a sosiego. Si consigue eso, entonces sí, esos aviones que habrá visto o que, por lo menos, habrá oído, volverán a sus bases.

"Y en la fría despedida, el Sr. Presidente saliente miró contrariado hacia adelante y como aguzando el oído. Eran momentos en que, por casualidad, una escuadrilla de aviones pasaba muy cerca.

V

Sofía volvió a llenar de te las tazas, en momentos que el Oficial Eduardo finalizaba su relato.

—Así ocurrieron las cosas, más o menos bien comentadas por la gente —dijo Eduardo—. Eso sí, como ustedes lo habrán notado, mi estilo al hablar, con tantos diálogos, no refleja con fidelidad, sino más o menos aproximadamente, lo que se dijo. Tengo buena memoria y, por otra parte, estructurar diálogos me resulta fácil. Pero les conté bien lo fundamental, interpreté bien los sucesos y el sentido de lo que pasó aquella noche.

—Entonces, ya que es buen dialoguista... ¿por qué no se dedica a autor teatral? —le preguntó Nelly.

—Es raro que una profesora como eres tu, diga eso —le respondí—. Para ser un escritor de teatro, no basta hacer que los personajes hablen; hay que tener sentido de lo que es la escena, de que se escribe para un público.

—Por lo que contó tu novio, querida Sofía, vemos y nos explicamos perfectamente —dijo Elsa— que Bal-

domir se incline cada día más hacia un acuerdo con nosotros, con nuestros dirigentes.

—Nuestro general preparará, poco a poco, el ambiente para su "golpe de Estado bueno" —dijo Sofía—. A su debido tiempo, sin demoras y sin apuros innecesarios, lo llevará a cabo. Y así, el líder asegurará su sana influencia, su beneficioso predominio.

—Debe predominar el partido que tenga más votos —respondió Elsa.

—Sí, sí, pues sí; claro que sí —dijo Sofía—. Pero es sabido que todo conjunto numeroso de gente, debe tener su orientador.

Iba yo a discutir, cuando Elsa me golpeó levemente con un pie como instándome a que callara.

—Así que, mi querido amigo, —dijo Elsa dirigiéndose al Oficial Eduardo— ustedes sabían bien, tuvieron pruebas de la asonada que preparaba el Jefe de Policía. Y no estuvieron lerdos, por cierto.

—Un agente secreto tenía al tanto de todo al General Baldomir —dijo Sofía.

—Todo esto parece una película de cine —comentó Nelly.

—Ahora les puedo decir que, si nuestro líder estaba indeciso, entre buscar apoyo para su gobierno, en los opositores al "golpe de Estado malo" o en algunos oficiosos allegados al Dr. Terra que apoyaron su candidatura presidencial, el intento subversivo del Coronel Aquila terminó de decidirlo por los primeros —dijo el Oficial Eduardo—. Eso sí, como dijo Sofía, nuestro general actuará sin demoras, pero sin apuros. Creo que recién al fin de su período de gobierno, dará el "golpe de Estado bueno".

Elsa llamó aparte a Sofía y, acto seguido, me indicó que me sentara junto a ellas en el sofá.

—Sofía, te voy a pedir que actives el pedido de un puesto para mí, con preferencia en alguna oficina jurídica —le dijo Elsa en voz baja—. En alguno de los ministerios, en el Municipio, donde se pueda.

—En seguida, no podrá ser. Esperarás, por lo menos, dos meses. Pero, está tranquila, serás la primera en ser favorecida. Y no haré cuestión, como ante cualquier otro pedido, de que actúes o no, en mi grupo político. Es probable que ingreses al Ministerio de Hacienda. Supe que hay algunas vacantes, hablaré, está tranquila.

—¿Qué están planeando, qué confidencias son esas? —preguntó Nelly.

—Si preparan una fiesta, no se olviden de mi —dijo el Oficial Eduardo.

—Elsa me habló de uno de sus proyectos para el futuro —contestó Sofía—. En cuanto a eso de fiesta, mi querido Eduardo, pronto me darán una despedida con motivo de nuestro casamiento.

—Se dice que el Coronel Aquila hasta planeaba un atentado contra el Presidente electo... ¿Es verdad, eso? —preguntó Nelly.

—No dijo nada de eso nuestro agente secreto —contestó el Oficial Eduardo.

—Los opositores al 31 de marzo preparan un mitin —dijo Sofía—. A Baldomir le interesa ver cuántos son. Eso, también va a decidir su política futura.

—Pero, aunque ese mitin que preparan en el Club La Expectativa fracase, —dijo el Oficial Eduardo— el General Baldomir, después del mal rato que le hi-

cieron pasar con el intento subversivo, tenderá a un acercamiento con la gente de la oposición al 31 de marzo. Eso sí, sin claudicar por eso, ni de su autoridad ni de sus derechos políticos.

—¿No creen que estamos hablando mucho, hace rato? —preguntó Sofía e hizo sonar el timbre—. Tengo una sorpresa. Ya que todo marcha bien, no "a viento en popa" como quieren los impacientes, mandé comprar champán francés y algunos bocaditos para acompañarlo; así, festejaremos.

—Les puedo adelantar que el "golpe de Estado bueno", desde ya es un hecho —dijo el Oficial Eduardo—. Será al terminar este período de gobierno.

—Será en la estación alegre y luminosa del verano; por eso, disfrutemos de mi anticipada fiesta —dijo Sofía, en momentos que entraba la mucama con las botellas de champán para celebrar desde ya lo que, después históricamente aconteció, el gran mitin de Julio Pro-Reforma Constitucional y Leyes Democráticas, el "golpe de Estado bueno", de febrero; y también algo que no todos los de la fiesta deseaban por igual, las elecciones de 1942 con el amplio triunfo y consiguiente retorno del Batllismo al gobierno, bajo el mandato presidencial de un neutral, el Dr. Juan José de Amézaga.

Este libro se terminó de imprimir en Diciembre de 1966, en los talleres gráficos de **"EL SIGLO ILUSTRADO S. A."** Montevideo.

2ª ed., 1955) han sido editada del autor las siguientes obras "Como un vértigo" (1947), "La quinta de los Lara" y "Los tre diablos" (1951), "Tres maes tros de la novela francesa" (1954) y de nuevo "La quinta de los Lara", esta vez acom pañada de "Inútil retorno" (1960). Los relatos "Su aven tura" y "Dionisíaca" (1964) fueron leídos en los cursos so bre "El cuento hispanoameri cano" del profesor Seymour Menton de la Universidad de Kansas (EE.UU.).

La presente novela, que lo afirma en sus virtudes de na rrador del ambiente nacional describe y glosa un episodio histórico-político, sobre el fon do pintoresco de la vida mon tevideana de la década de los años treinta.

ILUSTRO CARATULA:

Héctor Testoni